

muestras lleva el cuerpo del pobre que ha fallecido; la hermana de la caridad sube hasta el último piso ó estáncía á derramar prodigalmente el oro y el vestido y á inspirar confianza; aquellas hermanas, llamadas con toda razón *hijas de Dios*, traen y llevan de una parte á otra los caldos, las hilas y los remedios; la hija del buen pastor extiende los brazos á la prostituta y exclama diciéndola: "Yo no he venido á llorar á los justos, sino á los pecadores;" el huérfano encuentra padre, el doliente médico y el ignorante maestro.

Todos estos obreros de obras celestiales se apresuran, se animan unos á otros. Atenta al mismo tiempo la religión con una corona inmortal en la mano, les grita: "¡Animo, hijos míos, ánimo; dads prisa, sed mas pronto que los muertos en la carrera de la vida! merced esta corona que os preparo; ella os librará á vosotros mismos de todos los males y de todas las necesidades."

En medio de tantas pinturas, cada una de las cuales merecía volúmenes enteros de descripciones y alabanzas, sobre que escena detendríamos particularmente nuestra consideración? Responderé de que ya hemos hablado de aquellos hospitales que la religión ha puesto en los desiertos de las cuatro partes del mundo, fijemos ahora la atención en otros objetos.

No faltan gentes para quienes solo el nombre de capuchinos es un movimiento de burla; pero lo cierto es que un religioso del orden de san Francisco era por lo común un personaje noble y sencillo.

No hemos visto todos á dos de estos hombres venerables caminar por los campos, cerca del día de las ánimas, al acercarse el invierno, ir á pedir la limosna al tiempo de las vendimias? Iban pidiendo hospedaje por las antiguas casas de la orilla de los caminos. Arribaban al anochecer los dos peregrinos á una de ellas, subían la grada, dejaban sus baculos y las alforjas detrás de la puerta, llamaban en el pórtico y pedían la hospitalidad. Si el dueño se negaba á estos huéspedes del Señor, lo hacían una humilde cortesía, se retiraban sin desplegar sus labios, volvían á tomar las alforjas y los baculos, y sacudiendo el polvo de sus sandalias, se iban por entre las tinieblas de la noche á buscar la rústica casilla del labrador. Mas si por el contrario, eran recibidos, después de haberles dado agua para lavarse, al uso de los tiempos de Jacob y de Homero, iban á sentarse al hogar de la casa. Imitando la costumbre de los siglos antiguos, con el fin de congratarse el favor de los señores (y amando también, como J. Jesucristo, á los niños), empezaban á acercarse á los de la casa, dándoles estampas y reliquias. Los niños, que asustados al pronto habían huido, atraídos luego de estas maravillas, se familiarizaban hasta jugar entre las rodillas de aquellos buenos religiosos. Sus padres, con una sonrisa llena de ternura, contemplaban estas sencillas

escenas, y el admirable contraste que hacía la graciosa juventud de sus hijos y la cana ancianidad de sus huéspedes.

Por otra parte, la lluvia y la ráfaga de los vientos de los muertos batían por de fuera los bosques deshojados, las chimeneas y las almenas del castillo gótico; el mochuero cantaba sobre el tejado. Al lado de un gran brasero se sentaba la familia á la mesa; el convite era cordial, y los modales afectuosos. La joven señorita de la casa preguntaba con timidez á sus huéspedes, quienes alababan con gravedad su belleza y su modestia. Los buenos religiosos divertían á toda la familia con sus agradables conversaciones: contaban alguna historia que los interesase, porque siempre habían aprendido algunas cosas notables en sus remotas misiones, entre los salvajes de América ó en los pueblos de la Tartaria. Al mirar la larga barba de estos huéspedes, su ropa talar del antiguo Oriente, y al considerar el modo con que llegaron á pedir el hospedaje, se renovaban en la memoria aquellos tiempos en que los Tales y los Anacarsis viajaban de esta manera por el Asia y por la Grecia.

Después de haber cenado, la señora del castillo llamaba á sus sirvientes, y le rogaba á uno de los padres que rezase en comunidad las oraciones acostumbradas; retirábase luego los dos religiosos á sus camas, descaendo toda suerte de prosperidades á sus bienhechores. Por la mañana buscaban á los ancianos caminantes; pero ya habían desaparecido, del mismo modo que aquellas santas apariciones que visitan alguna vez al hombre justo en su mansión.

Si ocurría alguna cosa demasiado funesta y sensible, alguna comisión de los que los hombres enemigos de las lágrimas no osarían encargarse, temiendo acibarar sus placeres, inmediatamente se cometa á los hijos del claustro, especialmente á los padres del orden de san Francisco. Se suponía que unos hombres que se habían consagrado á la miseria, debían ser naturalmente los heraldo de la desgracia. Uno debía llevar á aquella familia la desastrosa noticia de la pérdida de su fortuna; otro comunicar la del fallecimiento de un hijo único. El grande Bourdaloue cumplió también esta triste obligación: se presentaba en silencio á la puerta del padre, cruzaba las manos sobre el pecho, se inclinaba profundamente y se retiraba sin hablar, así como la muerte de quien era intérprete.

Se creará por ventura que todas estas cosas causarian placeres (hablo de los placeres al estilo del mundo) muy gratos á un fraile descaído, á un carmelita y á un franciscano, cuando en medio de las prisiones tenían que anunciar la sentencia al criminal, oírle, consolarle, y tener los días enteros traspasada el alma con las vistas en ciertos actos piadosos caer hilo á hilo el sudor de la frente de estos compasivos religiosos, y mojar su

capilla, haciéndola eternamente sagrada, á pesar de las mordaces sátiras de la filosofía. Y con todo eso, ¿qué honor, qué provecho resultaba á estos monges de tantos sacrificios, sino la burla de los mundanos, y aun las injurias de los mismos presos á quienes consolaban? A lo menos por ingratos que fuesen los hombres, ya habían confesado su impotencia para los grandes y tristes acontecimientos de la vida, abandonándose á la religión, único y verdadero socorro en el último grado de la desgracia. ¡Oh apóstol de Jesucristo! de qué catástrofes no eras tú testigo, cuando al lado del verdugo no tenías cubrírte con la sangre de los miserables, siendo su último amigo! Ved aquí uno de los mas sublimes espectáculos de la tierra; á los dos ángulos del cadalso están presentes las dos justicias la humana y la divina; implacable la una y enojada sobre el cuchillo, está acompañada de la desesperación; la otra, con un velo empapado en lágrimas, se muestra entre la piedad y la esperanza; aquella tiene por ministro á un hombre sanguinario, ésta á un hombre de paz; la una condena, la otra absuelve; inocente ó culpable, dice la primera á la víctima: "¡Muere!" la segunda le grita: "¡Hijo de la inocencia ó del arrepentimiento, sube al cielo."

## LIBRO CUARTO.

### MISIONES.

#### CAPITULO I.

##### IDEA GENERAL DE LAS MISIONES.

Ved aquí todavía uno de aquellos grandes y nuevos pensamientos que son peculiares á la religión cristiana. Los cultos idólatras no conocieron el entusiasmo divino que anima al apóstol del Evangelio. Am los antiguos filósofos no abandonaron jamás las alamedas de Academus ni las delicias de Atenas, para ir, llevados de un impulso sublime, á domar la ferocidad del salvaje, instruir al ignorante, sanar al enfermo, vestir al desnudo, y establecer la concordia y la paz entre naciones enemigas: esto, pues, es lo que han hecho los religiosos cristianos y lo que hacen aun todos los días. Ni los mares ni las tempestades, ni los hielos del polo ni los calores del trópico, nada les detiene: viven con los esquimales en su cota de piel de vaca marina; se alimentan de acciotes de ballena con los de Groenlandia; con el tartaro ó el troqués andan por la soledad; montan

en el dromedario del árabe ó siguen al café errante por los abrasados desiertos; los chinos, los japoneses, el indio, han llegado á ser sus neófitos; no hay isla ni escollo en el océano, que haya podido ocultarse á su celo; y así como en otro tiempo faltaban reinos para la ambición de un Alejandro, hoy falta también tierra á la caridad de estos fervorosos conquistadores.

Recordada ya la Europa y viendo en ella estos predicadores de la fe una grande familia de hermanos, volvieron los ojos hacia aquellas remotas regiones, en donde perecían aun tantas almas en las tinieblas de la idolatría. Movidos de compasión al ver esta degradación del hombre, se sintieron con un deseo inmenso de derramar su sangre por la salvación de aquellos extranjeros. Era preciso para esto penetrar espasmosas selvas, atravesar lagunas invadables, rios peligrosos, tropar rocas inaccesibles: era preciso arrastrar naciones crueles, sospechosas y llenas de superstición; vencer en unas la ignorancia de la barbarie, y en otras las preocupaciones de la civilización; mas ninguno de estos obstáculos les detenía. Los incógnitos que han abandonado la religión de sus padres, consagraron á lo menos que si el misionero está firmemente persuadido que no hay salvación fuera de la cristiana, el acto por el cual se condena á males inauditos para salvar á un idólatra, es el mayor de cuantos sacrificios pueden hacerse.

Que un hombre á la vista de todo un pueblo, á la de sus padres y amigos, se exponga á la muerte por su patria, nada tiene de extraño: trueca algunos días de vida por siglos enteros de gloria, ilustra su familia, y la adquiere honores y riquezas. Pero un misionero, cuya vida se consume en el centro de los bosques; un misionero que acaba sus días con una muerte espantosa, sin espectadores, sin aplauso, sin ventajas para los suyos; osuro, menoscabado, tratado de loco, de necio, de fanático, y todo esto por dar una felicidad eterna á una salvaje desconocida.... ¿Con qué nombre podrá distinguirse esta muerte, este sacrificio?

Conságranse á las misiones diversas congregaciones religiosas: los dominicos, el orden de san Francisco, los jesuitas, los agustinos y los sacerdotes de las misiones extranjeras.

Habia cuatro clases de misiones.

Las misiones de Levante, que comprendían el Arquipélag, Constantinopla, la Siria, la Armenia, la Crimea, la Etiopía, la Persia y el Egipto.

Las misiones de América, empezando desde la bahía de Hudson y subiendo por el Canadá, la Luisiana, las Californias, las Antillas y la Guayana, hasta las famosas reducciones ó poblaciones del Paraguay.

Las misiones de la India, que incluían el Indostan, la península por uno y otro lado del Ganges, y se extendían hasta Manila y las nuevas Filipinas.

Ultimamente, las misiones de la China, á las cuales se juntaban las de Ton-King, Cochinchina y Japon.

Constante además algunas iglesias en Island y entre los negros de la Africa; pero regularmente no eran seguras. Los misioneros presbiterianos han probado últimamente predicar el Evangelio en Otaiti.

Cuando los jesuitas dieron á luz aquella correspondencia conocida bajo el nombre de *Cartas edificantes*, fué citada y solicitada por todos los autores. Apoyábase en su autoridad, y los hechos que contenían se miraban como indubitables; pero presto hizo la moda que se desacreditase lo mismo que antes se había admirado. Estas cartas estaban escritas por sacerdotes cristianos; ¿cómo habían de valer cosa alguna? Se prefirió sin rubor, ó mas bien se fingió preferir á los viajes de los Duterrés y de los Charlevoix, los de un barón de la Fontaine, ignorante é infiel. Unos sabios que habían estado á la cabeza de los primeros tribunales de la China, que habían pasado treinta y cuarenta años en la misma corte de los emperadores; que hablaban y escribían la lengua del país; que trataban con los pequeños y que vivían familiarmente con los grandes; que habían recorrido, visto y estudiado muy individualmente las provincias, las costumbres, la religion y las leyes de aquel vasto imperio; estos sabios, cuyos numerosos trabajos han enriquecido las memorias de la Academia de ciencias, se vieron tratar de impostores por un hombre que no había salido del cuartel de los europeos en cauton, que no sabía una palabra del chino, y cuyo mérito consistía solo en contradecir groseramente las narraciones de los misioneros. Nada de esto se ignora en el día, y aunque tarde, se hace al fin justicia á los jesuitas. Las dispendiosas embajadas hechas por naciones poderosas á costa de inmensos gastos, nos han enseñado por ventura algunas cosas que antes no nos hubiesen dicho los Du Haldes y Le Comtes? ¿Nos han manifestado acaso algunas mentiras ó imposturas de estos padres?

¿A la verdad, un misionero debe ser un viajero excelente, porque viéndose precisado á hablar el idioma de los pueblos donde predica el Evangelio, conformarse con sus usos, vivir largo tiempo entre todas las clases de la sociedad, y procurar introducirse en los palacios y en las chozas, por poco talento que tuviese, llegaría no obstante á recoger una multitud de noticias preciosas. Al contrario, el hombre que pasa rápidamente con un intérprete, que ni tiene tiempo, ni quiere exponerse á mil peligros para saber el secreto de las costumbres; este, por grande ingenio que tenga para conocer y observar bien, no puede con todo eso adquirir sino unos conocimientos muy superficiales sobre pueblos que pasan y desaparecen á su vista casi en un momento.

El jesuita tenía también la ventaja de una

educación sabia sobre cualquier otro viajero. Los superiores exigían muchas cualidades en los discípulos que se destinaban á las misiones. Para el Levante, habían de saber el griego, el copto, el árabe, el turco, y poseer algunos conocimientos de medicina; para la India y la China, se exigían astronomía, matemáticas, geografía, aritmética; la América se reservaba á los naturalistas.<sup>1</sup> Y á cuántos santos disfraces, á cuantos piadosos ardidés y mudanzas de vida y costumbres se veían obligados á recurrir para anunciar la verdad á los hombres? En Madagáscar se vestía el misionero de indiano penitente, se sujetaba á todos sus usos, se sometía á todas sus austeridades, por repugnantes ó pueriles que fuesen; en la China se hacia el mandarín y letrado; entre el troqués, cazador y salvaje.

Casi todas las misiones francesas fueron establecidas por Colbert y Louvois, que comprendieron de cuanto recurso habían de ser para las artes, las ciencias y el comercio. Los padres Fontenay, Tachard, Gerbillon, Le Comte, Bouvet y Visdelou fueron enviados á las Indias por Luis XIV; todos eran matemáticos, y el rey mandó recibirlos académicos de la de las ciencias antes de su partida.

El padre Brevedent, conocido por su disertación físico-matemática, murió desgraciadamente recorriendo la Etiopía; pero se han logrado parte de sus trabajos: el padre Sicard visitó el Egipto con dibujantes que le acompañaron, por disposición de Mr. de Maurepas. Acabó una grande obra intitulada *Descripcion del Egipto antiguo y moderno*; mas este precioso manuscrito, depositado en la casa profesa de los jesuitas, fué robado, sin que sobre él haya podido descubrirse hasta ahora el menor indicio. Nadie podía ciertamente hacernos conocer mejor la Persia y el famoso Thamas-Koulikan, que el monge Bazin, que fué el primer médico de este conquistador y le siguió en todas sus expediciones. El padre Chev-doux nos dió excelentes instrucciones sobre las telas y los tintes indianos; la China nos fué tan conocida como la Francia. Nosotros tuvimos los manuscritos originales y las traducciones de su historia, herbarios chinos, geografías y matemáticas chinas; y para que nada faltase á la singularidad de esta misión, el padre Ricci escribió libros de moral en la lengua de Confucio, y todavía pasa en Pekín por un autor elegante.

Si tenemos hoy cerrada la China, si no disparamos á los ingleses el imperio de las Indias, no tienen la culpa los jesuitas, quienes estuvieron ya á punto de abrirnos aquellas vastas regiones.

«Ellos lo habían conseguido en América, dice

«Voltaire; enseñando á los salvajes las artes mas

«necesarias; ellos lo consigueron en la China,

1. Ensayo sobre las misiones cristianas, cap. 195.

2. Cartas edific., t. I, p. 129, edic. de 1780.

3. Véase la nota 48 á fin de la obra.

«enseñando las artes mas realizadas á una nación ingeniosa.»<sup>21</sup>

La utilidad de que sirvieron á su patria en las escuelas de Levante, no es menos cierta tampoco. ¿Queréis una prueba auténtica? ved aquí una certificación cuyas firmas son dignas de toda consideración.

#### DECRETO DEL REY.

«Hoy siete de junio de mil seiscientos setenta y nueve, el rey, estando en San German en Laya, queriendo premiar y tratar favorablemente á los padres jesuitas franceses, misioneros en Levante, en consideración á su celo por la religion y de las ventajas que sus súbditos que residen y trafican en todas las escalas, reciben de sus instrucciones, su majestad los ha retenido y retribido por sus capellanes en la iglesia y capilla consular de la ciudad de Aleppo en Siria, etc.»

Firmado Luis.

Y mas abajo, COLBERT.<sup>3</sup>

A estos mismos misioneros es á quienes debemos el amor que los salvajes profesan todavía al nombre francés en la América. Un simple pañuelo blanco basta para atravesar con seguridad por medio de las hordas enemigas y para recibir en todas partes la hospitalidad. Los jesuitas del Canadá y de la Luisiana fueron los que dirigieron la industria de los colonos al cultivo y los que descubrieron nuevos objetos de comercio para los tintes y la medicina. Conaturalizando en nuestro suelo insectos, aves y plantas extranjeras,<sup>22</sup> han aumentado riquezas á nuestras manufacturas, delicadezas á nuestras mesas y sombras á nuestros bosques.

Ellos fueron los que escribieron los anales elegantes ó sencillos de nuestras colonias. ¿Qué historia tan excelente la de las Antillas por el padre Duterré, ó la de la Nueva Francia por Charlevoix! Las obras de estos hombres piadosos están llenas de toda clase de ciencias; disertaciones sabias, pinturas de costumbres, planes de mejoras para nuestros establecimientos, asuntos útiles, reflexiones morales, sucesos interesantes; todo se halla en ellas. Allí se ve la historia de una asociación ó de un saqueo de la China mezclada con la de un grande emperador reducido á darse de puñaladas; la narración de un pobre paria convertido, con la de un tratado sobre las matemáticas de los bramias. El estilo de estas relaciones, muchas veces sublime, casi siempre es admirable por su sencillez. La astronomía y la geografía, en fin, recibían también cada año nuevas luces de estos apóstoles. Un jesuita

ta encontró en Tartaria una mujer hurona que había conocido en el Canadá; por este extraño acontecimiento infirió que el continente de la América se aproxima por el Noroeste al continente del Asia, y de este modo advinió la existencia de aquel estrecho, que mucho tiempo después ha hecho la gloria de Beringh y de Cook. Gran parte del Canadá y toda la Luisiana fueron descubiertas por nuestros misioneros. Llamando al cristianismo á los salvajes de la Acadia, nos dieron aquellas costas en donde se enriqueció nuestro comercio y se formaban nuestros marineros. Ho aquí una pequeña parte de los servicios que aquellos hombres, tan despreciados en el día, sabían hacer á su patria.

#### CAPITULO II.

##### MISIONES DE LEVANTE.

Cada misión tenía un carácter que la era propio y un género particular de tribulación que sufrir. Las de Levante ofrecían un espectáculo muy filosófico. ¿Qué poderosa era aquella voz cristiana que salía de los sepulcros de Argos y de las ruinas de Esparta y de Atenas! En las islas de Naxos y de Salamina, de donde nacían aquellas brillantes teorías que admiraban y encantaban á la Grecia, un pobre sacerdote cristiano, disfrazado de turco, se arroja en un esquife, aborda á una mala habitación formada bajo unos trozos de columnas, consuela sobre un triste lecho de paja al descontento de los vencedores de Jerjes, distribuye limosnas en nombre de Jesucristo; y después de practicar el bien, ocultándose en las sombras como si obrase mal, vuelve secretamente á su desierto.

Muchas veces se ha citado como una cosa admirable é inimitable un sabio reconociendo cuidadosamente los restos de la antigüedad en las solitudes del Africa y del Asia; pero este otro es aun mas en nuestro concepto: es un Bossuet desconocido, explicando la palabra de los profetas sobre las ruinas de Tiro y de Babilonia.

Permita Dios que fuesen abundantes las mieses en un suelo tan fecundo, y no podía ser éste semejante polvo. «Salimos de Serfio, dice el padre Javier, mas consolados que lo que aquí os pudiera yo explicar; el pueblo nos colmaba de bendiciones, y repetidas veces daba mil gracias á Dios porque nos había inspirado el designio de venirnos á buscar en medio de sus escarpadas rocas.»

Las montañas del Líbano y las arenas de la Bahía eran testigos del celoso amor de los misioneros. Ellos tienen una gracia sin igual para realizar las mas pequeñas circunstancias. Si describen los cedros del Líbano, os hablan de cuatro altares de piedra que se veían al pié de aque-

1 Ensayo sobre las misiones cristianas, cap. 195.

2 Cartas edific., t. I, p. 129, edic. de 1780.

3 Véase la nota 48 á fin de la obra.

1 Cartas edific., tom. I, pág. 15.

llos árboles, y en donde los monges maronitas celebraban una misa solemne el día de la Transfiguración. Parece que se oyen los acentos religiosos mezclados con el murmullo de aquellos montes que cantaron Salomon y Jeremías, y acompañados del estruendo de los torrenes que se despeñan de las montañas.

Cuando hablan del valle por donde corre el río *santo*, dicen: "En estas rocas hay tantas profundidades, que eran antiguamente otras tantas celdas de un gran número de solitarios que habían escogido estos retiros para que ellos solos fuesen testigos en el mundo de su rigorosa penitencia. Las lágrimas de estos santos penitentes son las que han dado al río de que acabamos de hablar el nombre de río *santo*; su nacimiento le tiene en las montañas del Líbano. La vista de las grutas y del río en este espantoso desierto inspira compunción, amor a la penitencia y compasión hacia aquellas almas sensuales y mundanas que prefieren algunos días de placer y contento a una eternidad bienaventurada."

Esto nos parece perfecto en el estilo y en los sentimientos.

Tenían, pues, estos misioneros un instinto maravilloso para seguir por sus mismas huellas al infortunio, y forzarle, por decirlo así, hasta en su última morada. Las prisiones y las galeras inculcionadas de la peste no se pudieron librar tampoco de su ingeniosa caridad; oíganos hablar al padre Tarillon en su carta á Mr. de Pontchartrain:

"Los servicios que hacemos á estas pobres gentes (los esclavos cristianos en el *baño* de Constantinopla) consisten en mantenerlos en el temor de Dios y en la fe; proporcionarles los socorros de la caridad de los fieles; asistirles en sus enfermedades, y en fin, ayuðarles á bien morir. Aunque todo esto trae consigo mucha sujeción y trabajo, yo puedo asegurar que en recompensa ha puesto Dios en ello grandes consuelos. . . ."

"En tiempo de peste, como es preciso estar en disposición de poder socorrer á los que acasosete, y no tenemos aquí más que cuatro ó cinco misioneros, nuestra costumbre es que solo haya un padre que entre en el *baño* y permanezca allí todo el tiempo que dura la enfermedad. Aquel que obtiene para ello el permiso del superior, se dispone con algunos días de retiro, y se despidió de sus hermanos como si luego hubiera de morir. Algunas veces consuma allí su sacrificio; pero otras escapa del riesgo."

El padre Santiago Cachod escribe al padre Tarillon lo siguiente:

"Ahora no me dan cuidado todos los temores

"que infunden las enfermedades contagiosas; con el favor de Dios no moriré de este mal, después de tantos riesgos como acabo de experimentar. Salgo del *baño* en que he admitido los últimos sacramentos á ochenta y seis personas. . . . Durante el día me parece que nada me asusta; solamente á la noche, es el corto tiempo de sueño que puedo tomar, es cuando siento todo mi espíritu lleno de ideas espantosas. El mayor riesgo que he experimentado y que acaso experimentaré, ha consistido en verme en la bodega de una subterránea de 82 cañones. Los esclavos, de convenio con los guardas, me hicieron entrar allí después del mediodía, para confesarlos toda la noche y decirles misa muy temprano. Estuvimos encerrados con candados dobles, según se acostumbra. De cincuenta y dos esclavos que confesé, doce estaban malos y tres murieron antes de que yo saliese de allí. Juzgado así, no podría respirar en un sitio cerrado, sin la mas mínima ventilación. Dios, que por su bondad me ha salvado de este caso, me salvará de otros muchos."

Un hombre que se encierra voluntariamente en un *baño* en tiempo de peste; que confiese ingenuamente sus terrores, y sin embargo los vence por caridad; que se introduce después á cuenta de dinero (como si fuera para gustar de los placeres ilícitos) en lo mas profundo de una embarracación de guerra para asistir á los esclavos apostados; semejante hombre, confesémoslo, no sigue un impulso natural: aquí hay alguna cosa mas que la *humanidad*. Los misioneros convienen en ello, y no se atribuyen a sí el mérito de estas obras sublimes: "Dios es quien nos da esta fuerza, repiten frecuentemente; ninguna parte tenemos nosotros en esto."

Un misionero jóven no hallándose todavía agueruido contra los peligros, como aquellos ancianos jefes cargados de fatigas y palmas arcaicas, se admira de haber escapado del primer riesgo; teme que haya sido por alguna culpa suya y se muestra humillado por ello. Después de haber hecho á su superior relación de una peste en que frecuentemente se habia visto precisado á poner sus ojos sobre la boca de los enfermos para oír sus lánguidas palabras, añade: "Yo no he merecido, mi reverendo padre, que Dios haya querido aceptar el sacrificio que me habia hecho de mi vida. Os ruego, pues, que oreis al Señor para alcanzar que olvide mis pecados y me haga la gracia de que yo muera por él."

El padre Bouchet escribe así desde las Indias: "Nuestra misión está mas floreciente que nunca; hemos tenido cuatro persecuciones grandes en este año."

Este mismo padre Bouchet fué el que envió

1 Cartas edifi., tom. I, pág. 285.

2 Cartas edifi., tom. I, págs. 19 y 20.

1 Cartas edifi., tom. I, pág. 28.

á Europa las tablas de los bramas de que se sirvió Mr. Bailly en su Historia de la astronomía. La sociedad inglesa de Calcuta no ha dado á luz hasta ahora monumento alguno de las ciencias de las Indias que antes no hubiesen descubierto ó indicado nuestros misioneros; sin embargo de que los sabios ingleses, soberanos de grandes reinos, aporados con todos los socorros del arte y del poder, deberían tener para ello otros muchos medios mas que no un pobre jesuita, solo, errante y perseguido. "Por poco que nos presentésemos libremente en público, escribe el padre Royer, seria fácil fúésemos conocidos por el modo y por el color del rostro. Así que para no suscitar á la religion mayor persecucion, es preciso solverser á permanecer oculto todo lo posible. Yo paso los días enteros, ó encerrado en un barco de donde no salgo sino de noche para visitar los lugares que están cerca de las riberas, ó retirado en alguna casa distante."

El hotel de este religioso era todo su observatorio; pero barlo rico y hábil es el que tiene caridad.

### CAPITULO III.

#### MISIONES DE LA CHINA.

Dos religiosos del órden de san Francisco, el uno polaco y el otro francés de nacion, fueron los primeros europeos que penetraron en la China hacia mediados del siglo doce. Méros Paolo, veneciano, y Nicolás y Mateo Paolo, de la misma familia, hicieron después dos viajes. Habiendo descubierto los portugueses el derrotero de las Indias, se establecieron en Macao, y el padre Ricci, de la Compañía de Jesús, resolvió penetrar en aquel vasto imperio del *Cathay*, de donde tantas maravillas se contaban. Se aplicó desde luego al estudio de la lengua china, una de las mas difíciles que se conocen. Su ardor venció todos los obstáculos, y después de muchos peligros y repulsa, obtuvo de los magistrados chinos, en 1682, el permiso de establecerse en Chocheen.

El padre Ricci, discípulo de Cluvius y muy hábil en las matemáticas, ganó protectores entre los mandarines con el auxilio de esta ciencia. Dejó el vestido de los bonzos y tomó el de los letrados. Daba lecciones de geometría, en que mezclaba con arte las mas preciosas de la moral cristiana. Pasó sucesivamente á Chocheen, Nemechen, Pekin, Nankin; unas veces era maltratado, otras recibido con alegría, oyéndole á todos los reveses una paciencia invencible, y sin perder jamás la esperanza de hacer fructificar la palabra de Jesucristo. En fin, admirado del emperador de las virtudes y conocimientos del mi-

sionero, le permitió residir en la capital y le concedió, así á él como á los compañeros de sus trabajos, muchos privilegios. Los jesuitas usaron de gran discrecion en su conducta y mostraron un conocimiento profundo del corazon humano. Respetaron los usos de los chinos y se conformaron con ellos en cuanto no iban contra las leyes evangélicas. Por todos lados se les oyeron obstáculos. "Pronto corrompió la envidia, dice Voltaire, los frutos de su sabiduría; y ese espíritu de inquietud y de oposicion que que nos mirados en Europa la instruccion y los talentos, tornaron los desiguos mas grandes."

Ricci bastaba para todo. Respondia á las acusaciones de sus enemigos en Europa, velaba sobre las iglesias nacies de la China; daba lecciones de matemáticas; escribía en chino libros de controversia contra los letrados que le combatian; cultivaba la amistad del emperador, y se manejaba con acierto en la corte, donde se hacia amar de los grandes por su política. El peso de tantas fatigas abrevió sus días y terminó su carrera en Pekin, á los cincuenta y siete años de edad, habiendo consumido la mitad en los trabajos del apostolado.

Después de la muerte del padre Ricci, se interrumpió la misión por las revoluciones que acaecieron en la China. Pero cuando el emperador tartaro Cún-chi subió al trono, nombró al padre Adan Schall presidente del tribunal de las matemáticas. Murió Cún-chi, y durante la menor edad de su hijo Cang-hi estuvo la religion cristiana expuesta a nuevas persecuciones.

En el tiempo de la mayoría del emperador, hallándose el calendario en una confusion grande, fué preciso volver á llamar á los misioneros. El jóven príncipe se adhirió al padre Verbiest, sucesor del padre Schall. Hizo examinar el cristianismo por el tribunal de los Estados del imperio, y extractó de su mismo puño la memoria de los jesuitas. Después de un maduro examen, declararon los jueces que la religion cristiana era buena, y que nada contrario tenía á la pureza de las costumbres ni á la prosperidad de los imperios.

¡Digna sentencia de los discípulos de Confucio en favor de la ley de Jesucristo! Poco tiempo después de este decreto, llamó el padre Verbiest de Paris á aquellos sabios jesuitas que han llevado el honor del nombre francés hasta el centro del Asia.

El jesuita que salía para la China, se armaba de telescopio y compás. Presentábase en la corte de Pekin con toda la urbanidad de la de Luis XIV y rodeado de la comitiva de las ciencias y de las artes. Desarrollando mapas, dando vueltas á globos y trazando esferas, enseñaba á los mandarines atónitos el verdadero curso de los astros y el verdadero nombre del que los dirige

1 Cartas edifi., tom. I, pág. 8.

1 Ensayo sobre las costumbres, cap. 195.

en sus órbitas. No disipa los errores de la física sino para combatir los de la moral; ponía en el corazón, como en su verdadero asiento, la simplicidad que destrababa del talento, inspirando con sus costumbres y sabiduría una profunda veneración hacia su Dios, y al mismo tiempo una estimación grande hacía su patria.

Era muy grato á la Francia ver á sus modestos religiosos reglar en la China los fastos de un grande imperio. Proponíase cuestiones desde Pekín á París: la cronología, la astronomía, la historia natural, eran otros tantos objetos de discusiones curiosas y sabias. Los libros chinos se traducían al francés, los franceses al chino. El padre Parennin, en una carta que lo dirigió á Fontenelle, escrita á la Academia de las ciencias lo siguiente:

“Señores, acaso os sorprenderá que os envíe de tan lejos un tratado de anatomía, un curso de medicina, y cuestiones de física escritas en una lengua que os es sin duda desconocida; pero saldréis de vuestra sorpresa cuando veáis que lo que yo os remito son vuestras propias obras verdidas á lo tartaro.”

Es digna de leerse del uno al otro extremo esta carta, la cual respira aquel tono de urbanidad y aquel estilo de los *hombres de bien*, casi olvidados en nuestros días. “El jesuita llamado Párron, dice Voltaire, hombre célebre por sus conocimientos y por su sabiduría, que hablaba muy bien el chino y el tartaro... es conocido principalmente entre nosotros por sus científicas dificultades de uno de nuestros mejores filósofos sobre la ciencia de la China.”

En el año de 1711, dió á los jesuitas el emperador de la China tres inscripciones que él mismo había compuesto, para una iglesia que estaban construyendo en Pekín. La del frontispicio decía:

“Al verdadero principio de todas las cosas.”

Para una de las dos columnas del peristilo había otra donde se leía:

“El es infinitamente bueno é infinitamente justo; ilumina, mantiene y lo regla todo con una suprema autoridad y con una soberana justicia.”

La última columna estaba cubierta con estas palabras:

“El no ha tenido principio ni tendrá fin, ha producido todas las cosas desde el principio; es quien las gobierna, y el verdadero señor de ellas.”

Cualquiera que se interese en la gloria de su país, no puede menos de sentirse vivamente movido al ver que unos pobres misioneros franceses daban semejantes ideas del Ser supremo al jefe

de muchos millones de hombres. ¡Qué uso tan noble de la religión!

El pueblo, los mandarines, los letrados abrazaban de tropel la nueva doctrina, y las ceremonias del culto con especialidad tenían un suceso prodigioso. “Antes de la comunión, dice el padre Premare citado por el padre Fouquet, pronuncié yo en voz alta los actos que se hacen al acercarse á este divino sacramento; y aunque la lengua china no es fundada en afectos del corazón, tuvo esto mucho éxito.... Yo advertí en el semblante de estos buenos cristianos una devoción que no había visto jamás.”

“Loukang, añade el mismo misionero, me hizo tomar gusto á las misiones del campo. Caí al del lugar y encontré á todas aquellas pobres gentes trabajando á uno y otro lado; me acerqué á uno de ellos, que me pareció tener una bella fisonomía, y le habló de Dios. Se me figuró que no le había disgustado lo que le dije y me convidó, por atención, á ir á la sala de sus antepasados. Esta es la casa mas hermosa del lugar, y comun á todos los habitantes, porque habiendo observado desde mucho tiempo lo postrá la costumbre de no calzarse fuera de su país, son todos parientes en el día, y tienen los mismos abuelos. Allí fué donde muchos, dejando el trabajo, acudieron á oír la santa doctrina.”

¿No es esta una escena de la Odisea, ó mas bien de la Biblia?

Un imperio que observaba después de dos mil años unas costumbres no alteradas por el tiempo, por las revoluciones, por las conquistas; este imperio se veía repentamente á la voz de un monge cristiano que salió solo del seno de la Europa. Las preocupaciones mas arraigadas, los usos mas antiguos, una creencia religiosa consagrada por los siglos, todo cae, todo se destrange con solo oír el nombre del Dios del Evangelio. En este mismo momento en que yo escribo, en el momento en que el cristianismo es perseguido en Europa, se extiende y propaga en la China. Este fuego que ya se había creído extinguido, ha vuelto á avivarse, como acontece siempre después de las persecuciones. Cuando se asesinaba al clero en Francia y se le despojaba de sus bienes y de sus honores, eran innumerables los que se ordenaban en secreto: los obispos proscritos se vieron obligados muchas veces á negar el sacerdocio á jóvenes que querían volver al martirio. Esto, sobre otros infinitos testimonios, prueba cuánto han desconocido el espíritu del cristianismo aquellos errores. La verdadera religión es al rerde de todas las cosas humanas; estas perecen por su naturaleza con los tormentos, y

1 Cartas edifi., tom. XVIII, pág. 149.

2 Cartas edifi., t. XVIII, pág. 152 y sig. Véase la nota 49 al fin de la obra.

aquella crece en la adversidad: el Señor la marca con el mismo sello que á la virtud.

## CAPITULO IV.

### MISIONES DEL PARAGUAY.—CONVERSION DE LOS SALVAYES.<sup>1</sup>

Cuando brillaba el cristianismo en medio de los adoradores de Fo-hi, mientras que otros misioneros le anunciaban á los nobles japoneses ó le llevaban á la corte de los sultanes, se le vió introducirse, por decirlo así, hasta en los nidos de las selvas del Paraguay, para domesticar aquellas naciones indias que vivían como pájaros, en las ramas de los árboles. Maravilloso culto, por cierto, el que reúne cuando quiere las fuerzas políticas á las morales, y que por una superabundancia de medios crea gobiernos tan sabios como los de Mino y Liengro. Aun no posaba la Europa mas que constituciones bárbaras, formadas por el tiempo y la casualidad, y la religión cristiana hacía revivir en el Nuevo Mundo los milagros de las legislaciones antiguas. Las cuadrillas errantes de los salvajes del Paraguay, se fijaban, y á la palabra de Dios salía una república evangélica de lo mas profundo de los desiertos.

¿Cuáles eran los grandes genios que reproducían estas maravillas? Unos humildes jesuitas, impedidos frecuentemente en sus designios por la rareza de sus compatriotas.

Esa costumbre generalmente adoptada en la América española, el reducir los indios á *encomienda* y sacrificarlos á los trabajos de las mitas. En vano había reclamado mil veces el elemento secular y regular contra este uso tan impolítico como bárbaro. En los tribunales de México y del Perú y en la corte de Madrid, resonaron las continuas quejas de los misioneros. “Nosotros no pretendemos, decían á los colonos, oponernos al provecho que podáis sacar con los indios por medios legítimos; pero bien sabéis que la intención del rey no ha sido nunca que los mirois como esclavos, y que la ley de Dios os lo prohibe.... Nosotros no creemos que sea permitido invadir su libertad, á que tienen un derecho natural, que por ninguna autoridad puede disputarseles.”

Aun quedaba al pié de las cordilleras, hacia el lado que mira al Atlántico, entre el *Orinoco* y el *Río de la Plata*, un país lleno de salvajes, á don-

1 Véanse, para los dos capítulos siguientes, los tomos VIII y IX de las *Cartas edificantes, la Historia del Paraguay* por Charlevoix, en 4.<sup>o</sup>, edic. de 1744; Lozano, *Historia de la Compañía de Jesús en la provincia del Paraguay*, 2 tom. en fol., Mad. 1753; Muratori, *Christiannimo Felice*; y Montesquieu, *Espíritu de las leyes*.

2 Robertson, *Hist. de la América*.

3 Charlevoix, *Historia del Paraguay*, tom. II, pág. 26 y 27.

de no había entrado la devastación de los españoles. En aquellas espesas selvas emprendieron los misioneros formar una república cristiana, y dar á lo menos á un pequeño número de indios la felicidad que no habían podido proporcionarles á todos.

Dieron principio obteniendo de la corte de España la libertad de todos los salvajes que llegasen á reunirse. Los colonos se sublevaron con esta novedad, y solo á fuerza de talento y mucha sorpresa prendieron los jesuitas, por decirlo así, la licencia de derramar su sangre en las selvas del Nuevo Mundo. Ultimamente, habiendo triunfado de la codicia y malignidad humana, meditando uno de los mas nobles designios que jamás concibió el corazón del hombre, se embarcaron para el *Río de la Plata*.

En este río viene á perderse otro que ha dado su nombre al país y á las misiones cuya historia describiremos. *Paraguay*, en la lengua de los salvajes, significa *el río coronado*, porque tiene su origen en el lago *Xarayes*, que lo sirve como de corona. Antes de entrar á aumentar con sus aguas las del *Río de la Plata*, recibe las del *Panamá* y del *Uruguay*. Unas selvas que continúan en su seno otras selvas abstrías de vejez, lagos y llanuras enteramente inundadas en tiempo de lluvias, y montañas que levantan desiertos sobre desiertos, forman una parte de las vastas regiones que riega el *Paraguay*. Abunda en todo género de caza, igualmente que en tigres y en osos. Los bosques están llenos de abejas que hacen una cera muy blanca y una miel muy aromática. Se ven allí pájaros de un plumaje brillante, que parecen unas grandes flores rojas y azules sobre el verde de los árboles. Un misionero francés que se extravió en estas solitudes, hace de ellas la pintura siguiente:

“Yo proseguí mi camino sin saber dónde iba á parar; y sin que hubiese persona alguna que me guisase. Encontraba algunas veces en medio de estas selvas parajes encantadores. Me doctando el estudio é industria de los hombres han podido imaginar para hacer un sitio agradable, no se acerca á las bellezas que la simple naturaleza había juntado en ellos.

“Estos lugares admirables me renovaron las ideas que había tenido en otro tiempo, al leer las vidas de los antiguos solitarios de la Tebaida: me vinieron pensamientos de pasar el resto de mis días en estos bosques, á donde parece que me había conducido la Providencia para atender en ellos únicamente al negocio de mi salvación, lejos de todo comercio con los hombres; pero como yo no era árbitro de mi destino, teniendo ciertamente señaladas las órdenes del Señor por las de mis superiores, deseché este pensamiento como una ilusión.”

Los indios que se encontraban en aquellos re-

1 Cartas edifi., tom. VIII, pág. 281.

tíros, no se parecían á ellos sino en la parte que tenían de espantosos. Raza indolente, estúpida y feraz, que mostraba en toda su faldada al hombre primitivo degradado por su caída. Ninguna cosa prueba más la degeneración de la naturaleza humana, que la pequeñez del salvaje en la grandeza del desierto.

Habiendo llegado los misioneros á Buenos Aires, volvieron á subir al Río de la Plata, y entrando en las aguas del Paraguay, se dispersaron por los montes. Las relaciones antiguas nos los representan con el brevicio bajo el brazo izquierdo, una cruz grande en la mano derecha, y sin otra provisión que la confianza en Dios. Nos los pintan abriendo camino por medio de las selvas, caminando por tierras pantanosas, dándose el agua hasta la cintura, trocando rocas escarpadas y entrando lo á rastra en las cuevas y precipicios, con el peligro de encontrar serpientes ó bestias feroces en lugar de los hombres que buscaban.

Muchos de ellos murieron allí de hambre y de fatigas, otros fueron muertos y devorados por los salvajes. Al padre *Lizardi* se le encontró sobre una roca atravesado con flechas; su cuerpo medio despedazado por las aves de rapaña, y junto á él su brevicio abierto por el oficio de difuntos. Cuando un misionero hablaba así las reliquias de uno de sus compañeros, se daba prisa á hacerle los honores fúnebres, y lleno de grande alegría, cantaba un *Te Deum* solitario sobre el sepulcro del mártir.

Estas escenas renovadas á cada instante admiraban á las hordas de los bárbaros. Algunas veces se detenían al rededor del sacerdote desoconocido que les hablaba de Dios, y otros miraban al cielo el cual les mostraba el apóstol; otras huían de él como de un encantador, poseídos de un espanto extraordinario: el religioso los seguía extendiéndoles los brazos en nombre de Jesucristo; y cuando no podía detenerlos, plantaba su cruz en un paraje descubierta y se ocultaba en el monte. Los salvajes se acercaban poco á poco á reconocer el estandarte de la paz levantado en la soledad, atraídos por un íman secreto á esta insignia de su salvación. Entonces salía de pronto el misionero de la emboscada, y aprovechándose de su sorpresa, los convidaba á dejar una vida miserable, para disfrutar de las dulzuras de la sociedad.

Habiendo ya juntado los jesuitas algunos indios, se ralaron de otro medio para ganar las almas. Habían observado que los salvajes de aquellas riberas eran muy apasionados á la música, y aun se dice que las aguas del Paraguay hacen la voz mas dulce y sonora. Embarcaronse, pues, los misioneros y sus nuevos catecúmenos en piraguas, é iban río arriba cantando cánticos sagrados, y los neófitos repitiéndolos, así como los señuelos del cazador cantan para atraer á sus redes las aves silvestres. Cayeron con efecto los indios

en este dulce lazo. Bajaban de sus montañas, corrían á la orilla de los ríos para oír mejor aquellos acentos, y aun muchas veces se arrojaban al agua y seguían á nado la encantadora navicella. Escapábase el arco y la flecha de mano del salvaje, y empezaba á sentir en su alma confusa el anticipado gusto de las virtudes sociales y las primeras dulzuras de la humanidad. Vcía á su mujer y á sus hijos llorar con una alegría desoconocida; y subyugados al instante por un atractivo irresistible, caía á los pies de la cruz y mezclaba torrentes de lágrimas con las aguas reengendradoras que bañaban su cabeza.

De este modo verificaba la religion cristiana en las selvas de América lo que flagó la fábula de Aníton y Orfeo; reflexion tan natural, que antes de hieleron tambien los mismos misioneros, y prueba la verdad de cuanto decimos, aunque parece ficción.

#### CAPITULO V.

CONTINUACION DE LAS MISIONES DEL PARAGUAY.— REPÚBLICA CRISTIANA. FELICIDAD DE LOS INDIOS.

Los primeros salvajes que se reunieron á la voz de los jesuitas, fueron los *Guaranis*, pueblos extendidos sobre las orillas del *Paraná*, del *Pirape* y del *Uruguay*, los cuales compusieron un lugar grande bajo la direccion de los padres *Macedo* y *Cataldino*, cuyos nombres debe perpetuar la fama entre los bienhechores de los hombres. Este pueblo se llamó *Loroto*, y después, segun iban erigiéndose las iglesias, se comprendieron todas bajo el nombre general de *reducciones*. En pocos años se contaban ya hasta treinta, y formaron entre sí aquella célebre *república cristiana* que parecia un resto de la antigüedad descubierta en el Nuevo Mundo; confirmando en nuestros tiempos aquella grande verdad conocida por Roma y por la Grecia, de que no se civilizan los hombres ni se fundan los imperios con principios abstractos de la filosofía, sino con el establecimiento de la religion.

Cada lugar se gobernaba por dos misioneros, que tenían la direccion de todos los negocios espirituales y temporales de las pequeñas repúblicas, en donde no podía permanecer ningún extranjero mas de tres dias; y para evitar toda familiaridad que pudiese corromper las costumbres de los nuevos cristianos, estaba prohibido aprender á hablar la lengua española, no obstante que todos los neófitos sabían leerla y escribirla correctamente.

En cada *reduccion* había dos escuelas, la una de primeras letras y la otra de baile y de música. Este último arte, que sirvió de fundamento á las leyes de las antiguas repúblicas, era par-

1 Charlevoix.

ticularmente cultivado de los *guaranis*, quienes sabían hacer órganos, arpas, flautas, guitarras, y todos nuestros instrumentos militares.

Cuando llegaba un niño á la edad de siete años, observaban los dos religiosos su genio. Si les parecia apto para las ocupaciones mecánicas, se le ponía en uno de los talleres de la *Reduccion*, para que aprendiese el oficio á que se inclinaba, haciéndose platero, dorador, relojero, cerrajero, carpintero, ebamista, tejedor ó fundidor. Estos obradores fueron instituidos por los mismos jesuitas, que habían aprendido expresamente todas las artes útiles, para enseñarlas á los indios, sin necesidad de recurrir á los extranjeros.

Los jóvenes que eran inclinados á la agricultura, se incluían en el gremio de labradores; y los que conservaban aun algún humor vagamundo de su primera vida, se destinaban á guardar los ganados.

Las mujeres trabajaban separadas de los hombres, dentro de sus casas, distribuyéndoles al principio de la semana una cantidad determinada de lana ó algodón, que habían de dar completamente trabajada el sábado en la tarde: en los ratos libres tambien se ocupaban, con proporcion á sus fuerzas, en los cuidados del campo.

No había en aquellos lugares mercados públicos, porque en dias señalados se repartía á cada familia las cosas necesarias para la vida, cuidándose uno de los misioneros de que las partes fuesen proporcionadas al número de individuos de cada cabana.

Los trabajos se empezaban y acababan á son de campana. Tocábase por la mañana al rayar el alba, é inmediatamente se juntaban los niños en la iglesia, durante su concierto matutino como el de los pajarillos, hasta salir el sol. Los hombres y mujeres asistian después á la misa, donde iban á sus labores; y cuando declinaba el día, volvía la campana á llamar á los nuevos ciudadanos al templo, y se cantaba la oracion de la tarde á dos coros y con grande música.

La tierra estaba dividida en muchas suertes ó porciones, y cada familia cultivaba una de ellas para ocurrir á sus necesidades. Había además un campo público, llamado la *Posecion de Dios*, cuyos frutos estaban destinados para suplir las malas cosechas, para mantener los viudas, huérfanos y enfermos y aun servir de fondos para la guerra. Si al fin del año quedaba alguna cosa del tesoro público, se aplicaba este sobrante al culto y á la satisfaccion del tributo del escudo de oro que cada familia pagaba al rey de España.<sup>1</sup>

1 Montesquieu se engañó en creer que había comunidad de bienes en el Paraguay, y aquí se ve lo que le indujo en este error.

2 Charlevoix, *Hist. del Parag.* Montesquieu ha estimado este tributo en una quinta parte de los bienes.

El cuerpo militar, civil y político de estas *Reducciones*, lo componían un *caique* ó jefe de guerra, un *corregidor* para la administracion de justicia, un niño á la edad de siete años, y los *regidores* y *alcaldes* para la policía y direccion de los trabajos públicos. Estos magistrados se nombraban por la asamblea general de los ciudadanos, aunque al parecer no podían elegir sino de entre los sujetos que proponían los misioneros; cuya ley la tomaron del senado y del pueblo romano. Además, había un jefe llamado *fiscal*, que era una especie de censor público elegido por los ancianos, el cual tenía un registro ó matrícula de los hombres que segun su edad se hallaban en estado de tomar las armas. Un *teniente* cuidaba de los niños, conduciéndolos á la iglesia, y acompañados á las escuelas, con una varita larga en la mano, siendo además de su cargo dar cuenta á los misioneros de las observaciones que hacía sobre las costumbres, carácter, cualidades y defectos de sus discípulos.

Ultimamente, el lugar estaba dividido en muchos cuarteles, y cada cuartel tenía un celador. Como los indios son demasiado indolentes y desoconocidos, había un jefe de agricultura encargado de visitar los arados y de obligar á las cabezas de familias á sembrar sus tierras.

Cuando se quebrantaban sus leyes, se reprendía secretamente la primera falta por los misioneros; la segunda se castigaba con penitencia pública en las puertas de la iglesia, como en los primeros fieles, y la tercera con azotes. Mas no obstante esto, apenas hay ejemplos, en siglo y medio que duró aquella república, de que ningún indio necesitase de semejante castigo. "Todos sus defectos son defectos pueriles, dice el padre Charlevoix; y lo son en muchas cosas toda una vida, sin que por eso les falte ninguna buena á la calidad."<sup>2</sup>

A los perezosos se les condenaba á cultivar una porcion mas grande del campo comun, convirtiendo de este modo con una sabia economia los defectos mismos de estos hombres inocentes en provecho de la prosperidad pública.

Se cuidaba de casar pronto á los jóvenes, para evitar el libertinaje. Las mujeres que no tenían hijos se retiraban, durante la ausencia de sus maridos, á una casa particular llamada *Casa de refugio*. Los dos sexos estaban separados casi del mismo modo que en las repúblicas griegas; en la iglesia, tenían bandos distintos y puertas diferentes por donde salían sin confundirse.

Todo estaba ordenado, hasta el vestido conveniente á la modestia sin que perjudicase á las gracias. Las mujeres llevaban una túnica blanca ceñida por la cintura, los brazos y piernas descubiertas y el cabello suelto sirviéndoles de velo.

Los hombres estaban vestidos como los antiguos castellanos, y cuando iban al trabajo, cubrían este noble traje con un saco de tela blanca. Los que se habían distinguido por algunas accio-

nes de valor ó de virtud, le llevaban de color de púrpura.

Los españoles, y especialmente los portugueses del Brasil, hacían algunas correrías en las tierras de la *república costiana*, y se llevaban frecuentemente algunos desgraciados que reducían a la esclavitud. Descendían los jesuitas remediar estos males, obtuvieron, con su habilidad, de la corte de Madrid licencia para armar sus navíos. Proveyéronse, pues, de las primeras materias, establecieron fábricas de cañones, molinos de pólvora, y adiestraron para la guerra a aquellos a quienes no se quería dejar en paz. Juntábase a todas las lunas una milicia reglada, para hacer el ejercicio y pasar revista ante un caeique; y había premios señalados para los ballesteros, los petatezanos, los baderos, los artilleros y los mascareros. Volvieron en fin los portugueses, y cuando oían encontrar algunos labradores típicos y dispersos, daban con batallones que los destruían y perseguían hasta el pie de sus fortalezas. Se advirtió que la nueva tropa jamás retrocedía y que se reunía sin confusión bajo el fango del caeique. Era tal su ardor en sus ejercicios militares y se exaltaba de manera, que muchas veces era necesario interrumpirlos, temiendo alguna consecuencia funesta.

Véase, pues, en el *Paraguay* un Estado que no tenía los riesgos de una constitución enteramente guerrera, como la de los laedemonios, ni los inconvenientes de una sociedad del todo pacífica, como la fraternidad de los curucos. El gran problema político se vino a resolver, pues se vieron reunidas la agricultura que funda y las armas que conservan; siendo cultivadores los *guaranis* sin tener esclavos, y guerreros sin ser feroces; inmensas y sublimes ventajas que daban a la religión cristiana, de que no pudieron gozar bajo el pituitismo los griegos ni los romanos.

En tal se observaba este sabio medio, porque la *república costiana* ni era absolutamente agrícola, ni enteramente privada de las letras y del comercio; de lo tenía un poco y solamente abundaba en fiestas. No era trística como Esparta ni frívola como Atenas; el ciriatano ni estaba agobiado con el trabajo ni afeminado por el placer. En fin, limitó los misioneros la atención de la multitud a las primeras necesidades de la vida, supieron distinguir entre el rebaño los niños a quienes la naturaleza había dado disposición para más altos destinos, y según el consejo de Platon, separaban aquellos en quienes descubrían talento, para instruirles en las letras y en las ciencias. Llamábanse estos niños *caeiques* de la *Congregación*, y eran educados en una especie de seminario, donde se les hacía observar con toda rigidez el silencio y el retiro, semejantes a los estudios de los discípulos de Pitágoras. Reinaba entre ellos una emulación tan grande, que bastaba solamente amenazarles con que serían

enviados a las escuelas comunes, para que cualquier discípulo cayese en la desesperación. De este seminario excelente debían salir después los sacerdotes, los magistrados y los héroes de la patria.

Los lugares de las *Reducciones* ocupaban un terreno bastante grande, regularmente a la orilla de un río ó en una hermosa situación. Todas las casas eran de piedra, uniformes y de un color solamente; las calles anchas y rectas. En el centro de la población estaba la plaza pública, y al rededor la iglesia, la casa de los padres, el arsenal, el granero común, la casa de refugio y el hospicio para los extranjeros. Las iglesias eran hermosas y muy adornadas; sus paredes cubiertas de pinturas, separadas con festones de flores y hojas de un verde natural. Los días de fiesta se echaban aguas de olor en la nave, y el pavimento del santuario estaba cubierto de flores de lanas deshojadas.

El cementerio estaba detrás del templo y formaba un cuadrilongo cercado de paredes a la altura del pecho. Todo al rededor había una calle de palmeras y cipreses, y por dentro le atravesaban otras de limoneros y naranjos; la de en medio conducía a una capilla, en donde todos los lunes se celebraba una misa por los difuntos.

Desde la extremidad de las calles de la población salían filas de árboles los más hermosos y copulantes, hasta llegar a otras capillas construidas en el campo, las cuales se veían en perspectiva: a estos monumentos religiosos iban a parar las procesiones en los días de grandes solemnidades.

El domingo, después de la misa, se celebraban los esposales y los matrimonios, y por la tarde se bautizaban los catécumenos y los infantes.

Estos bautismos se hacían, como en la primitiva Iglesia, por las tres inmersiones, con los cantos y vestidura de lino.

Las principales fiestas de la religión se anunciaban con una pompa extraordinaria. La víspera se encendían luminarias en señal de regocijo, se iluminaban también las calles, y los muchachos bailaban en la plaza pública. Por la mañana, al romper el día, se presentaba la milicia vestida y completamente armada, precedida del caeique de guerra montado en un arrogante caballo, y caminando bajo un dosel que llevaban dos caballeros a sus lados. Al mediodía, después de los oficios divinos, se hacía un festín a los extranjeros, si había algunos en la república, y se permitía beber un poco de vino. A la tarde, se había carreras de sortija, á que asistían los dos padres para distribuir los premios a los vencedores; al anoecer se hacía la cena al retirado, y todas aquellas familias venturosas y afortunadas iban a gozar de las delicias del sueño.

Pero, sobre todo, el espectáculo más extraordinario en el centro de esas selvas y en medio de este pueblo antiguo, era el que ofrecía la fiesta

del Santísimo Sacramento. Los jesuitas habían introducido las danzas en ella al uso de los griegos, sin que ninguna perversion debiesen temer en las costumbres de unos cristianos de tan grande inocencia. Para que se forme una idea cabal de dicha fiesta, pondremos aquí, sin mudar nada, la misma descripción que hizo de ella el padre Charlevoix.

«He dicho que nada precioso se veía en esta fiesta; pero todas las bellezas de la naturaleza están dispuestas con tanta sencillez y variedad, que la representan en toda su perfección y hermosura, ó por mejor decir, todo está allí vivo; porque sobre las flores y ramas de los árboles, que forman los arcos triunfales por donde pasa el Santísimo Sacramento, se ven revolotear infinitos pajarillos de todos colores, atados por las patillas con unas hebras tan largas, que parece estén susaltos y que han venido libremente a mezclarse con gorjeos con el canto de los músicos y de todo el pueblo, y bendicir á su modo á aquella providencia no les falta jamás.....

«De trecho en trecho hay tierras y leones bien amarrados para que no turben la fiesta, y hermosos pescados que andan nadando en unos grandes pilones llenos de agua; en una palabra, allí existen criaturas vivientes de todas clases, como diputadas de sus respectivas especies para prestar el debido homenaje al Hombre-Dios en su augusto Sacramento.

«Tampoco faltan en esta decoración todas aquellas cosas de que nos sorrimos en los grandes regocijos, las primicias de todos los frutos para ofrecerlas al Señor, y el grano que ha de sembrarse, para que le bendiga. El canto de las aves, el rugido de los tigres y de los leones, todo se oía en confusión, formando un concierto extraordinario.....

«Después que el Santísimo Sacramento entraba en la iglesia, se presentaban á los misioneros todas las cosas de comer que habían estado expuestas en la carrera. Lo mejor se llevaba á los enfermos, y se repartía lo demás entre los habitantes del pueblo. Por la noche se tenían también en todas las grandes solemnidades y en los días de regocijo plébeo?»

No se extrañará, pues, que con un gobierno tan paternal y tan conforme al carácter sencillo y pomposo del salvaje, fuesen los nuevos cristianos los más puros y venturosos de todos los hombres. La mudanza de sus costumbres era un milagro obrado á la vista de todo el Nuevo Mundo. Aquel espíritu de caridad y de venganza, aquel anhelo á las viciosas más groseras que caracterizan á las tribus indias, se habían trocado en un espíritu de mansedumbre, de paciencia y de castidad. Juzgábase si no de sus virtudes por la expresión sencilla del obispo de Buenos Aires: «Señor, es-

cribía á Felipe V, en estas numerosas poblaciones, compuestas de indios naturalmente inclinados á toda suerte de vicios; reina una inocencia tan grande, que no creó se cometa en ellas un solo pecado mortal.»

Entre aquellos salvajes cristianos no se veían plébeos ni querellas, ni se conocían el *orgueño* ni el *maío*; pues, como observa Charlevoix, «el *vecino* siempre dispuesto á partir lo poco que se tiene con los que le necesitan, es no tener nada seño. Previstos abundantemente de las cosas necesarias á la vida, gobernados por aquellos mismos hombres que los habían sacado de la barbarie y á quienes miraban con razón como á sus divindades; gozando en sus familias y en su patria de los sentimientos más dulces de la naturaleza; conociendo las ventajas de la vida civil sin haber sufrido del desierto, y las maravillas de la sociedad sin haber perdido las de la soledad; aquellos indios podían alabarse de que gozaban una felicidad que no tenía ejemplo en la tierra. La hospitalidad, la amistad, la justicia y las virtudes vitales corrían naturalmente de sus corazones á la vez de la religión, así como los álamos dejan caer sus maduros frutos al soplo de los amables vientos del Mediodía. Muratori pintó brevemente aquella república cristiana, intitulando la descripción que hizo de ella: *El cristianismo felice*.

Estoy viendo á mis lectores, con la narración de esta historia, concebir el deseo de atravesar los mares y alejarse de la turbación y revolución para ir á buscar una vida oscura en las calabanas de los saltrajes y un apacible sepulcro en la sombra de las palmeras de sus cementerios. Mas ¡ah! que ni los desiertos son bastante profundos, ni harto vastos los mares para librar al hombre de los dolores que le persiguen. Siempre antes se refiere la historia de la felicidad de un pueblo, es forzoso acabarla con su catastrofe. En medio de las más halagüeñas pinturas se ve comprimiendo el corazón del que la escribe con esta triste reflexión que se lo ofrece sin cesar: «*Nada de esto existe ya!*» Las misiones del *Paraguay* se destruyeron; los saltrajes reunidos á costa de tantas fatigas andan de nuevo errantes por los bosques, ó se ven sepultados vivos en las entrañas de la tierra. Se ha aplaudido la destrucción de la obra más bella que ha podido salir de la mano de los hombres. Un establecimiento del cristianismo, una mies fecundada con el sangre de los apóstoles, ¿es posible que no haya de merecer sino aborrecimiento y desprecio? Y eso que mientras nosotros triunfamos, viendo á los desgraciados indios en el Nuevo Mundo caer otra vez en una horrible servidumbre, toda la Europa resuena con el ruido de nuestra filantropía y de nuestro amor á la libertad. Apartemos los ojos de estas vergonzosas mudanzas de la naturaleza humana por la apatición de sus encontradas pasiones; no detengamos la vista sobre tan torpes objetos; si no queremos infamar ó pervertir nuestro espíritu.

Digamos, sí, que somos débiles, que son inexcusables los juicios de Dios, y que quiere probar á sus siervos. Mientras que nosotros gemimos aquí, los sencillos cristianos del Paraguay, sepultados ahora en las minas del Potosí, adoran sin duda la mano que los hiera, y gaman con sus pacientes sufrimientos un lugar muy distinguido en aquella república de los santos donde no pueden caber las persecuciones de los hombres.

## CAPÍTULO VI.

## MISIONES DE LA GUYANA.

Si admiran estas misiones por sus grandezas, hay otras que, aunque más ignoradas, no son menos importantes. En la oscura selva y sobre la humilde tumba del pobre, se donó comunmente se complace el Rey de los reyes en derramar las riquezas de su gracia y de sus milagros. Sabiendo hacia el Norte, desde el Paraguay hasta el centro del Canadá, se encuentra una multitud de pequeñas misiones, en las cuales no era el neófito civilizado quien seguía al apóstol, sino el apóstol quien se hacía salvaje para seguir al neófito. Los religiosos franceses regían estas Iglesias errantes, cuyos peligros e inestabilidad estaban reservados á nuestro talor y á nuestro genio.

El padre Creullin, jesuita, fundó las misiones de Cayena, y no cabo al parecer en lo humano todo lo que hizo para socorrer á los negros y salvajes. Los padres Lombard y Ramette, siguiendo las huellas de aquel santo hombre, se metieron por las lagunas de la Guayana. Se hicieron amigos á los indios *galibis* á fuerza de socorrerlos y de tomar parte en sus dolores, y pudieron conseguir les diesen algunos hijos, á quienes educaron en la religión cristiana. Cuando estos jovencillos civilizados volviesen á sus selvas, la predicaron á sus ancianos padres salvajes, que se dejaron vencer fácilmente de la elocuencia de aquellos nuevos misioneros. Juntáronse los catecúmenos en un lugar llamado *Kourou*, donde el padre Lombard había construido una casa con dos negros. Aumentándose la población cada día, determinaron hacer una iglesia; pero ofrecióse un obstáculo casi invencible, porque el arquitecto pedía mil y quinientas libras forneas para los gastos de la empresa. Con todo eso no desistieron, pues el misionero y sus neófitos, aunque los más pobres de todos los hombres, eran ricos en virtudes. La fe y la caridad tan ingeniosas: obligáronse los galibis á construir siete piraguas, que el arquitecto se convino á tomar en cuenta por precio de doscientas libras cada una. Para completar el resto, hilaron las mujeres todo el algodón necesario para hacer ochos hamacas, y veinte salvajes se hicieron voluntariamente esclavos: un colono por todo el tiempo que cedió dos

negros ocupados en cortar las tablas para cubrir el edificio. Compióse todo de esta manera, y erigióse á Dios un templo en la soledad.

Aquel mismo Ser que preparó desde la eternidad todas las cosas del modo más conveniente á sus altos fines, acaba de manifestarnos en estas riberas salvajes uno de aquellos designios profundos, que escondiéndose en su principio á la penetración de los hombres, no llegan á comprenderse hasta el momento mismo en que se verifican. Muy distante estaba el padre Lombard de pensar, cuando echaba los fundamentos de su misión entre los galibis, mas de un siglo hace, que disponía con ella á los salvajes para que acogiesen algún día los mártires de la fe, ni que preparaba en los desiertos una nueva Tebaída á la religión persecutiva. ¡Oh qué campo tan vasto á la reflexión! ¡Billard de Varenne y Pichegru, el tirano y la víctima en la misma casa en Synnamar, sin que su extrema miseria haya podido reconciliar sus corazones! ¡Los odios inmortales viviendo entre los compañeros de las mismas cadenas, y los gritos de algunos desgraciados que se querían despedazar, mezclándose con los rugidos de los tigres en los desiertos del Nuevo Mundo!

Mas en medio de esta turbación de pasiones reinaban también la calma y la serenidad evangélicas. Allí se vieron los confesores de Jesucristo arrojados á la Guayana entre sus neófitos, hallando en los cristianos bárbaros la piedad que los negaban los franceses: unas pobres religiosas hospitalarias, que parecía no haber sido desterradas á un clima destructor sino para esperar en él á un Collet d'Herbois y acudirle en el lecho de su muerte con todos los socorros de la caridad cristiana; se vio, sí, que en su amor á la humanidad hiciese distinción entre el inocente y el culpado, derramando lágrimas por todos, pidiendo á Dios que socorriese á los enemigos de su nombre y á los mártires de su culto. ¡Qué lección! ¡qué pintura! ¡qué infelices son los hombres y qué admirable la religión!

## CAPÍTULO VII.

## MISIONES DE LAS ANTILLAS.

El establecimiento de nuestras colonias en las Antillas ó Ante-Islas, así llamadas porque son las primeras que se encuentran á la entrada del golfo Mejicano, no tiene mas antigüedad que desde el año de 1627, por cuyo tiempo Mr. de Enambue construyó un fuerte y dejó algunas familias en la isla de San Cristóbal.

Acostumbrábase entonces enviar misioneros para curas de los establecimientos remotos, á fin de que la religión participase de algun modo de aquel espíritu de intrepidez y aventurero que caracterizaba á los primeros que iban á buscar for-

tuna en el Nuevo Mundo. Los hermanos *predicadores* de la congregación de San Luis, los *padres carmelitas*, los *capuchinos* y los *jesuitas* se consagraron á la instrucción de los caribes y de los negros, y á los demás trabajos que exigían nuestras colonias nacientes de San Cristóbal, de la Guadalupe, de la Martinica y de Santo Domingo.

Ninguna historia de las Antillas hemos visto hasta ahora mas completa ni que mas satisfaga que la del padre Dutertre, misionero de la congregación de San Luis.

“Los caribes, dice este autor, son muy pensativos; su rostro de una fisonomía triste y melancólica; pasan los medios días enteros sentados en la punta de una roca ó en la ribera, los ojos fijos en tierra ó en el mar, sin hablar ni una sola palabra.”

Su natural es benigno, dulce, afable y tan compasivo, que en muchas ocasiones han llorado por los males de nuestros franceses; no son crueles sino con sus declarados enemigos.

“Las madres aman tiernamente á sus hijos, y están siempre con grande cuidado para evitar cualquiera cosa funesta que pueda sucederles; casi siempre los llevan colgados de sus pechos, aun por la noche; y es de maravillar que acostándose en camas suspendidas, que son muy incómodas, no sufocan jamás á ninguno.... En todos los viajes que hacen, sea por mar ó por tierra, los llevan consigo, bajo sus brazos, en una camilla de algodón sujeta con una banda terciada y atada á las espaldas, á fin de tener siempre á la vista el objeto de sus cuidados.”

Al ver esto parece que se lee un fragmento de Plutarco traducido por Amyot.

Como el carácter del padre Dutertre lo hacía mirar los objetos bajo un aspecto sencillo y tierno, está admirable cuando habla de los negros; sin embargo que no los representa al modo de unos perfectos filántropos ni como los mas virtuosos de los hombres, hace la pintura de sus costumbres con tanto juicio, con tal sensibilidad é ingenuidad, que cautiva toda el alma.

“Se ha visto, dice, en la Guadalupe una jóven negra tan persuadida de la miseria de su condición, que jamás pudo reducirla su amo á que se casase con un negro que le presentaba..... Esperó á que el sacerdote le preguntase (*en el altar*) si quería á N.... por su marido, y entonces respondió con una fortaleza que nos llenó de admiración: No, padre mio, yo no quiero ni á ese ni á ningún otro; me contento con ser yo sola miserable sin dar hijos al mundo que acaso fuesen mas infelices que yo, y cuyas penas me serian mas sensibles que las mías propias. Siempre permaneció constante en su estado de soltera; y se la llamaba ordinariamente la *doncella de las islas*.”

1 Hist. de las Ant., tomo II, pág. 375.

Signe el padre Dutertre describiendo las costumbres de los negros, su sencillez vida casera, y haciendo admirar la ternura de su cariño hacia sus hijos. Mezcla en su narración las sentencias de Séneca que hablan de la sencillez de las cabanas en que vivían los pueblos de la edad dorada; cita también á Platon ó á Homero cuando dice que los dioses quitan al esclavo la mitad de su virtud: *Dimidium mentis Jupiter illis auferit*. Compara al caribe salvaje gozando de su libertad y al negro salvaje reducido á la servidumbre; y hace ver cuánto ayuda el cristianismo al segundo para tolerar sus males pacientemente.

Ha sido moda del siglo acusar á los sacerdotes de que opinaban por la esclavitud y favorecían la opresión entre los hombres; pero lo cierto es que nadie ha levantado la voz tan fuertemente ni con tanto valor en favor de los esclavos, de los pequeños y de los pobres, como los autores eclesiásticos. Ellos han defendido constantemente que la libertad es un derecho imprescriptible del cristiano, de manera que convencidos de esta verdad los colonos protestantes, queriendo conciliar su codicia con la conciencia, no bautizaban los negros hasta el artículo de la muerte, y aun muchas veces, temiendo que se escapaban de la enfermedad no reclamaban después, á título de *cristianos*, su libertad, los dejaban morir en la idolatría. Ved aquí donde la religión se muestra tan bella como horrible la avaricia.

El modo sensible y religioso con que hablaban los misioneros de los negros de nuestras colonias, era el único que se conformaba con la razón y la humanidad. El hacía mas piadosos á los señores y mas virtuosos á los esclavos; servía á la causa del género humano sin perjudicar á la patria ni transformar el orden ni las propiedades; pero en nuestros días todo se ha perdido con palabras pomposas, habiéndose extinguido su hasta la piedad. ¿Quién osaría hoy defender la causa de los negros después de los crímenes que han cometido? ¡Tanto ha sido el mal que hemos hecho perdiendo las causas mas bellas y las mas admirables cosas!

En cuanto á la historia natural, habla tan admirablemente el padre Dutertre, que algunas veces describe completamente un animal con una expresión sola; al pájaro-mosca le llama *una flor celeste*, al modo que el padre Commire en este verso de la mariposa:

*Florem picturas nare per liquidum athera.*

“Las plumas del flamígero ó flamenco, dice “en otra parte, son de color encarnado, y cuando de vuelo contra el sol se le ve tan resplandeciente, que parece un haz de fuego.”

Mr. de Buffon no pintó mejor el vuelo de un

1 Hist. de las Ant., tomo II, pág. 503.

2 Hist. de las Ant., tomo II, pág. 268.

ave que el historiador de las Antillas. Dice así: "A este pjaro (*la frogata*) le cuesta mucho trabajo levantarse sobre las ramas; pero llega una vez a tomar vuelo, siendo el aire sumamente y tiende sus alas con tal serenidad, que apenas las mueve ni se fatiga. Si la fuerza de la lluvia ó la impetuosidad del viento la molesta alguna vez, bueltesen entonces de las nubes, se remonta hasta la región media del aire, y se oculta á la vista de los hombres."

A la hembra del colibrí la representa, haciendo su nido, de este modo:

"... Ella carda, si es lícito hablar así, todo el algodón que le lleva el macho, y le desenreda casi pelo por pelo con sus patillas y pico; forma después su nido, que no es mayor que medio caserón de un huerto de paloma, y al paso que va levantando el pequeño edificio, da mil vueltas, componiéndole por dentro con sus colas y puliendo los bordes con el cuello....."

"Nunca he podido advertir qué es lo que lleva en el pico á sus hijos, sino solamente que les da á chapar la lengua; yo creo que la llevará toda emulada con el jugo que saca de las flores."

Si la perfección de la pintura consiste en dar una idea exacta de los objetos, presentándolos bajo una vista agradable, no podrá negarse que el misionero de las Antillas ha conseguido esta perfección.

## CAPITULO VIII.

### MISIONES DE LA NUEVA FRANCIA.

No nos detendremos en las misiones de la California, porque no ofrecen cosa alguna particular que las distinga, ni tampoco en las de la Luisiana, porque vienen á confundirse con aquellas terribles misiones del Canadá, donde se mostró en toda su gloria la intrepidez de los apóstoles de Jesucristo.

Cuando los franceses, bajo la conducta de Champlain, subieron por el río de San Lorenzo, hallaron las salvajes del Canadá habitadas por unos salvajes muy diferentes de los que se habían descubierto hasta entonces en el Nuevo Mundo. Eran aquellos unos hombres robustos, valientes, soberbios con su independencia, capaces de raciocinio y de cálculo; no les asombraban las costumbres ni las armas de las européas, y lejos de serles unos objetos de admiración, como á los inocentes caribes, miraban nuestros usos con todo y menosprecio.

El imperio del desierto estaba dividido en tres

1 Hist. de las Ant. tomo II, pág. 269.

2 En el primer combate de Champlain contra los iroqueses, sostuvieron estos el fuego de los franceses sin dar la menor señal de espanto ni admiración.

naciones: la algonquina, que aunque la primera y más antigua de todas, era aborrecida por su poder y se hallaba en un inminente riesgo de ruina, como sucedió en efecto, cayendo bajo las armas de las otras dos, que eran la hurona, aliada nuestra, y la iroquesa, nuestra enemiga.

No malaban estos pueblos vagando, sino que tenían establecimientos fijos y sus gobiernos regulados habiéndose dado ocasión los indios del Nuevo Mundo de observar entre ellos todas las formas de constitución de los pueblos civilizados: de manera que el despotismo en el estado natural le veíamos en los natches de la Luisiana, en los creoles de la Florida la monarquía, y el gobierno republicano en los iroqueses del Canadá.

Estos últimos y los hurones representaban todavía en su condición salvaje á los atenieses y lacedemonios. Los hurones eran hombres de entendimiento, alegres, ligeros, disimulados, galanes, elocuentes, gobernados por las mujeres; abusaban de la fortuna, sin constancia en la adversidad y con mas honor que amor á su patria. Los iroqueses, divididos en cantones regidos por los ancianos, eran políacos, ambiciosos, taciturnos, severos, devorados por el deseo de dominar, capaces de los mayores vicios y de las mayores virtudes; lo sacrificaban todo por la patria, y eran los más intrépidos y feroces de los hombres.

Luego que los franceses y los ingleses aparecieron en aquellas costas, se vieron por un instinto natural los hurones á los primeros, y los iroqueses se inclinaron á los segundos; mas con todo, no era por amor que los tuviesen, sino con el fin de proveerse de armas, pues cuando sus nuevos aliados se hacían bastante poderosos, los abandonaban, y volvían á unírseles de nuevo cuando los franceses obtenían la victoria. Vióse á una corta porción de salvajes manojarse entre dos grandes naciones civilizadas, procurando destruir la una por la otra con tal destreza, que estuvieron muchas veces á punto de conseguir este designio y hacerse juntamente los dueños y los libertadores de aquella vasta parte del Nuevo Mundo.

Tales fueron los pueblos que nuestros misioneros emprendieron ganarnos por la religión. Si la Francia vió extenderse su imperio en la América hasta más allá de las riberas del Meslacaebé, y si conservó tanto tiempo el Canadá contra los ingleses y los franceses unidos, á los jesuitas debió parte de estos sucesos. Ellos fueron quienes salvaron á la colonia en sus principios, colocando delante de ella un lugar de hurones é iroqueses cristianos, que la sirviese de baluarte; obviando las coligaciones generales de los indios, entablado negociaciones de paz y exponiéndose solos al furor del iroqués para impedir los designios de los ingleses. Los despachos de los gobernadores de la Nueva Inglaterra pintan siempre á nuestros misioneros como los más peligrosos enemigos; representando desconcertando todos los proyec-

tos de la potencia británica, descubriendo sus secretos y arrebatandola el corazón y las armas de los salvajes.

El mal gobierno del Canadá, los falsos procedimientos de los comandantes y una política rígida ó opresiva, estorbaban mas por lo común las buenas intenciones de los jesuitas que la oposición del enemigo. Presentaban los planes mas sabios y mejor dispuestos para la prosperidad de la colonia; se alababa, si, su celo, pero se seguían otros consejos, hasta que llegando los negocios á hacerse demasiado intrincados y difíciles, se recurrió por necesidad á estos hombres á quienes se había despreciado. No había el menor reparo en emplearlos en los negociaciones mas arriesgadas, sin detenerse en los peligros á que se los exponía: la historia de la Nueva Francia ofrece un ejemplo muy notable.

Habíase encendido la guerra entre los franceses é iroqueses. Victoriosos estos, habían avanzado hasta los mismos muros de Quebec, matando y devorando los habitantes de los campos. Hallabase á la sazón el padre Lamberville de misionero entre los iroqueses, y aunque en un continuo é inminente riesgo de ser quemado vivo por los vencedores, nunca quiso retirarse, esperando poderlos reducir á tratados de paz y salvar las reliquias de la colonia, mayormente viéndose amado de los ancianos, que le habían protegido contra los guerreros.

En estas circunstancias recibió carta del gobernador de Canadá en que le supplicaba hiciese todos los esfuerzos y empeños posibles con los salvajes á fin de que enviasen embajadores al fuerte de Catarocouy para tratar de la paz. Corrió el misionero en busca de los ancianos, va á sus casas, les ruega, les exhorta é importuna tanto, que al fin los determina á aceptar la tregua y disputar sus principales jefes. Van, pues, al sitio señalado para avistarse, y al llegar son arrestados, aherrajados y enviados á Francia á las galeras.

El padre Lamberville ignoraba el secreto designio del comandante, y así había obrado tan de buena fe, que se había quedado entre los salvajes, mas cuando supo lo que había sucedido, se tuvo por perdido. Fué llamado de los ancianos, encontrálos juntos en el consejo, con sus señalantes llenos de severidad y amenazadores. Uno de ellos le contó con indignación la traición del gobernador y después añadió:

"Nadie podrá negarnos que no hallamos autorizados por todas razones para tratarte como á enemigo; pero estamos muy distantes de ejecutarlo. Te conocemos bastante para persuadirnos que tu corazón haya tenido parte en la traición que nos han hecho, y no somos tan injustos que queramos castigarle por un crimen de que tu creemos inocente y que sin duda detestas tú tanto como nosotros.... sin embargo, no conviene que tú te quedes aquí, pues

"acaso los demás no te harían la misma justicia, y en llegando nuestros jóvenes á declarar la guerra, no te miraran ya sino como á un pérfido que ha entregado nuestros jefes á una dura y penosa esclavitud, y arrebatados de fe,ror, nos será imposible librarte de sus manos."

Después de este discurso, obligaron al misionero a salir de allí, dándole guías que le condujesen por caminos apartados hasta mas allá de la frontera. Luego que supo Luis XIV el modo con que habían sido arrestados los indios, mandó ponerlos en libertad. El jefe que hizo la arenga al padre Lamberville se convirtió poco después y se retiró á Quebec, siendo su conducta en aquella ocasión el primer fruto de las virtudes del cristianismo, que empezaban á brotar en su corazón.

Pero aquí diremos tambien de aquellos hombres inmortales que templaron con su sangre las heladas tierras de la Nueva Francia: de los Brebeufs, digo, de los Lallemands y de los Ogues. Yo encontré una vez á uno de estos apóstoles en el centro de las solitudes de América. Caminando lentamente una mañana por las selvas, vi venir hacia mí un hombre muy anciano, con la barba blanca, vestido de una larga túnica, leyendo atentamente en un libro y apoyándose en un bastón; por entre las hojas de los arboles pasaba un rayo de la aurora que iba á dar sobre el y le iluminaba todo. Parecíame que veía á Termosiris saliendo del sagrado bosque de las Musas, en los desiertos del alto Egipto. Era, pues, un misionero de la Luisiana que venía de la Nueva Orleans y volvía á los linceses, adonde dirigía una corta porción de franceses y salvajes cristianos. Andárimos juntos muchos días; por muy diligente que yo estuviese á la mañana, ya encontraba al anciano caminante levantado y rezando su oficio paseándose por la selva. Este santo hombre había sufrido mil trabajos; contaba con mucha discreción las penas de su vida, hablaba sin aspereza y sin fingimiento, pero con seriedad; no le visto jamás sonrisa tan apacible como la suya. Citaba oportuna y frecuentemente versos de Virgilio y Homero, apieándose á las hermosas escenas que se iban presentando á nuestra vista, ó á los pensamientos que se nos ofrecían. A mí me pareció que era mucha su instrucción en todas materias, aunque la ocultaba bajo su sencillez apostólica, de tal manera que apenas se conocía; así como los apóstoles sus predicadores, que sabiéndolo todo, tenían la apariencia de ignorantes. Un día tuvimos una larga conversación sobre la revolución francesa, causándonos algun placer el hablar de las turbaciones de los hombres en los parajes mas tranquilos. Estábamos sentados en un valle, á la orilla de un río

1 Charlevoix, Historia de la Nueva Francia, en 4.<sup>a</sup>, tomo I, lib. XI, pág. 511.



cuyo nombre ignorábamos, el cual después de muchos siglos refresca con sus aguas aquella ribera desconocida. Hice al anciano esta reflexion y vi que se enterneció. Viéronsele las lágrimas á los ojos con la imagen de una vida ignorada y consumida en el desierto en la práctica de beneficios oscuros y desconocidos.

El padre Charlevoix describe uno de los misioneros del Canadá de este modo:

"El padre Daniel estaba tan cerca de Quebec, que quisó dar una vuelta por allí antes de seguir el camino de su mision."

Arribó al puerto en una canoa, remando con tres ó cuatro salvajes que le acompañaban; iba descalzo, exhausto de fuerzas, con la camisa podrida y una sotana desgarrada, descubriéndose el estenuado cuerpo; pero con un semblante contento y alegre por la vida que pasaba, inspirando con su modo y sus discursos el deseo de ir á participar de las cruces en las cuales ponía tanta union el Señor."

Ved aquí aquellos gestos y lágrimas que Jesucristo prometió verdaderamente á sus escogidos Oigamos aun al historiador de la Nueva Francia:

"No podia ser mas apostólica la vida que profesaban (los misioneros entre los hurones), sin que hubiera momento alguno de ella que no estuviese señalado con alguna accion heroica, ó bien por conversiones, ó por sufrimientos que miraban como unas verdaderas y debidas satisfacciones, cuando sus trabajos no habian producido todo el fruto que se habian prometido. Cuando estaban de asiento, se levantaban á las cuatro de la mañana y permanecian encerrados en oracion hasta las ocho, siendo este el único tiempo que tenían libre para sus ejercicios de piedad. A las ocho iba cada uno á cumplir su cargo; unos visitaban los enfermos, otros acompañaban en el campo á los trabajadores que cultivaban la tierra, y otros pasaban á las poblaciones vecinas que estaban sin pastor. Estas causas producian muchos buenos efectos; porque no morian ningunos ó muy pocos niños sin bautismo, y aun los adultos que habian querido inscribirse en estado de salud, se reducian cuando estaban enfermos, no pudiendo resistirse á la industria y constante caridad de sus médicos."

Si se encuentran iguales descripciones en el Telémaco, ¡cuanto se ponderaría el sencillez y patético gusto de estas cosas! Alabaríamos con grande entusiasmo la fision del poeta, al paso que somos insensibles á la verdad presentada con los mismos atractivos.

Pero no eran aquellos los mayores trabajos de estos hombres evangélicos, pues unas veces se-

1 Charlevoix, *Hist. de la Nueva Francia*, en 4.º tom. I, lib. V, pág. 200.

2 Charlevoix, *Hist. de la Nueva Francia*, en 4.º tom. I, lib. V, pág. 217.

guian á los salvajes en sus dilatadas cazas, que duraban muchos años, y en que se veían obligados á comer hasta sus propios vestidos, y otras expuestos á los caprichos incomprensibles de los indios, que á manera de niños se dejaban llevar de cualquier impulso de su imaginacion ó de su desseo. Mas con todo, ellos se daban por pagados de sus trabajos si durante sus largos sufrimientos habian ganado una alma á Dios, abierto el cielo á un niño, aliviado á un enfermo ó enjugado las lágrimas de un desgraciado. Ya hemos visto que la patria no tenia ciudadanos mas fieles: el honor de ser franceses les costó muchas veces la persecucion y la vida. Los salvajes los reconocian porque eran de la carne blanca de Quebec, en la intrepidez y fortaleza con que sufrían los mas crueles suplicios.

Movido el cielo de sus virtudes, concedió á muchos de ellos aquella dichosa palma que tanto habian deseado, elevándolos á la dignidad de los primeros apóstoles. La idea de hurones en donde estaba el padre Daniel, de misionero, fué sorprendente por los irroqueses, en la mañana del 4 de julio de 1648, estando ausentes los jóvenes guerreros. El jesuita estaba diciendo misa en aquel mismo momento á sus neófitos, y apenas tuvo tiempo de consumir: corre al sitio de donde salian los gritos y alaridos y se ofrece á su vista la escena mas lastimosa: mujeres, niños, ancianos, confusamente mezclados, yacian moribundos. Todos los que vivian aun se postraron á sus pies pidiéndole el bautismo: moja el padre un paño en agua, y sacudiéndole sobre la multitud postrada, proporciona la vida del cielo á aquellos que no podia arrancar de la muerte temporal. Acuérdase entones de haber dejado en sus cabinas algunos enfermos que aun no habian recibido el sello del cristianismo; vuela allá, los pone en el número de los rescatados, vuelve á la capilla, escinde los sagrados vasos, ocha una absolucion general á los hurones que se habian refugiado al altar, instalas á que huyan, y para darles tiempo, vas solo al encuentro de los enemigos. Atónitos los bárbaros viendo á este sacerdote que se avanzaba solo contra un ejército, se detienen y retroceden algunos pasos; y no osando acercarse al santo, le disparan á lo largo sus flechas, atravesándole todo el cuerpo. "Todo estaba cubierto de ellas, dice Charlevoix, y todavía hablaba con una accion maravillosa, ya á Dios ofreciéndole su sangre por el rebato, y ya á sus matadores amenazándoles con la ira del cielo, pero asegurándoles al mismo tiempo que encontrarían al Señor propicio y los recibiría en su gracia si recurrían á su clemencia." Muere, y salva una porcion de sus neófitos, deteniendo así á los irroqueses que le cercaban.

1 El mismo de quien Charlevoix nos hizo el retrato.

2 *Hist. de la Nueva Francia*, tom. I, lib. VII, pág. 238.

El mismo heroismo mostró el padre Garnier en otra poblacion: era aun muy jóven, y acababa de desprenderse de entre los brazos y lágrimas de su familia para salvar las almas en las selvas del Canadá. Alcanzaronle dos balsas en el campo de batalla y cayó en tierra sin sentido; tiévale por muerto un irroqués y lo desnudó. Poco tiempo después volvió de su privacion, levanta la cabeza, ve á corta distancia un huron que espiraba, esfuerzase para ir á rastra á absolver al cateumeno, y vuelve á caer en tierra: adviértelo un bárbaro, acude, y hiende las entrañas del apóstol de dos fuertes hachazos. "Espira, dice Charlevoix, en el ejercicio, y por decirlo así, en el seno mismo de la caridad."

Ultimamente, el padre Brebœuf, tio del poeta del mismo nombre, fué quemado y atormentado de aquel modo tan horrible con que hacen los irroqueses padecer á los prisioneros.

"Este padre, á quien veinte años de trabajos, capaces de hacer perder todos los sentimientos naturales, habian dado una fortaleza de espíritu incontestable; de una virtud sólida, fortificada por la consideracion continua de que el mismo riesgo de muerte cruel, y aun tan vorvorosa que era el objeto de sus mas ardientes deseos; prevenido, por otra parte, con diferentes avisos del cielo que sus votos serian oidos, se burlaba tanto de las amenazas quanto de las torturas; pero al ver á sus amados neófitos cruelmente tratados en su presencia, turbaba con grande amargura el gozo que sentia viendo cumplidas sus esperanzas."

"Bien conocieron desde luego los irroqueses que les daría bastante en que entender un hombre de aquella especie, y como si temieran que comunicasen á los otros su intrepidez, que comunicasen de algun tiempo de los demás prisioneros, le hicieron subir solo al cadalso, y se encerraron de tal manera con él, que parecian unas furias furiosas de sí mismos de rabia y de desesperacion."

"No impidieron tan horribles tormentos al siervo de Dios el hablar con una voz fuerte y vigorosa, unas veces á los hurones, que aunque no le veian, podian todavía oirle, y otras á sus verdugos, exhortándolos á temer la cólera del cielo si continuaban persiguiendo á los adoradores del verdadero Dios. Admiró esta libertad á los bárbaros y quisieron imponerle silencio; mas no pudiéndolo conseguir, le cortaron el labio inferior y la extremidad de las narices, le aplicaron por todo el cuerpo hechas encendidas, le quemaron las manos, etc."

Cerca del padre Brebœuf atormentaban á otro misionero llamado el padre Lallouant, que acababa de entrar en la carrera evangélica. Arrastrábase alguna vez el dolor gritos involuntarios,

1 *Hist. de la N. Franc.*, tom. I, lib. VII, p. 298.

2 Charlevoix, tom. I, lib. VII, p. 292.

pedia fuerzas al anciano apóstol, y no pudiéndolo ya hablar este, le inclinaba dulcemente la cabeza y se sonreia para salvar las almas para animar al jóven mártir. El humo de las hogueras, que se remontaba hasta el cielo, azifia y recogia á los ángeles. Pusieron al padre Brebœuf hechas encendidas al rededor del cuello, le cortaron pedazos de carne que devoraban á su presencia, diciéndole que era excelente la carne de los franceses, y otros mil burlas con que se morfaban. "Tú nos asegurabas, hace un instante, le decian los bárbaros, que cuanto mas se sufre en la tierra, tanto mayor es la bienaventuranza en el cielo; pues por eso, como amigos tuyos, procuramos aumentar tus sufrimientos."

Cuando se llevaban en París los corazones de los sacerdotes en las puntas de las picas, se cantaba: *¡Ah! no hay fiesta alguna cuando falta el corazón.*

En fin, después de haber sufrido otros muchos tormentos tan horribles que aun no nos atrevemos á referir, exhaló su espíritu el padre Brebœuf, volando su alma á la mansion de aquel que sana todas las llagas de sus siervos.

Sucedian estas cosas en el Canadá por el año de 1649, época en que gozaba la Francia de su mayor prosperidad, y se hacian las fiestas de Luis XIV; todos triunfaban entones, el misionero y el soldado.

Aquellos que miran á los sacerdotes con aborrecimiento y desprecio, se alegrarán de estos tormentos padecidos por los confesores de la fe. Los sabios dirán, afectando prudencia y moderacion, que los misioneros eran victimas de su fanatismo; y preguntarán con una piedad soberbia, *¿qué era lo que iban á hacer los religiosos en los desiertos de la América?* Confesamos ingenuamente que no iban á poner en ejecucion ningun plan de sabios para hacer grandes descubrimientos filosóficos, sino que solo obedecian á aquel Maestro que les habia dicho: "¡D y enseñad." Doctre omnes gentes; y sobre la fe de este mandamiento, con una sencillez extrema abandonaban las delicias de su patria, para ir á costa de su misma sangre, á revelar á un bárbaro á quien no habian visto jamás. . . . ¿Y qué era? nada, segun el mundo, casi nada: *La existencia de Dios y la inmortalidad del alma: ¡DOCTRE OMNES GENTES!*

## CAPITULO IX.

FIN DE LAS MISIONES.

Hemos indicado los diferentes rumbos que seguia cada mision; caminos de sencillez, de equidad, de legislacion, en fin, caminos de heroismo. Bien pudiera engrisarse la Europa (y especialmen-

1 Charlevoix, pág. 293 y 294.

2 *Historia de la Nueva Francia*, pág. 294.

te la Francia, de donde salía el mayor número de misioneros) al ver partir todos los años de su seno mas hombres que iban a iluminar con las maravillas de las artes, de las leyes, de la humanidad y del valor, las cuatro partes de la tierra. De aqui venia la alta idea que formaban los extrangeros de nuestra nacion y del Dios que adoraba. Los pueblos mas remotos querian entrar en alianza con nosotros, y el embajador del salvaje del Occidente encontraba en nuestra corte al embajador de las naciones orientales. En consecuencia, podemos asegurar con toda confianza (sin que sea esto precisos de profeta), y lo acreditaba la experiencia, que los mayores sabios del mundo encierrados en los países remotos con todo el aparato de instrumentos y planes de una academia, jamás llegaron a hacer lo que un pobre fraile que salió a pie de su convento, ejecutaba solo, y no tenía mas pertrechos que su libro de rezos y su rosario.



## LIBRO QUINTO.

### ORDENES MILITARES O CABALLERIA.

#### CAPITULO PRIMERO.

##### CABALLEROS DE MALTA.

No hay recordo ni institucion alguna digna de admiracion en los siglos modernos que no reclame el cristianismo. Am los mismos tiempos pedidos y caballerosos de nuestra historia pertenecen, teniendo tambien la verdadera religion el singular merito de haber creado entre nosotros la edad de los encanamientos.

Mr. de Sainte-Palaye pretende al parecer separar la caballeria militar de la religiosa; pero no hay cosa alguna que no dé motivos para mezclarlas. Cree que la antigüedad de la institucion de la primera no llegue al siglo undécimo; mas este es precisamente la época de las cruzadas que dieron origen a los Hospitalarios, a los Templarios y al orden Teutónico; y la ley formal por la cual la caballeria militar se obligaba a defender la fe, la semejanza de sus ceremonias con las de los sa-

1 Mem. sobre le ant. caill. L. I, 2º parte, p. 66.

2 Hen. Hist. de France, tom. I, p. 167; Fleury, Hist. Eccl., tom. XIV, p. 387; tom. XV, p. 604; Helyot, Hist. de las ord. rel., tom. III, p. 74, 142.

cramentos de la Iglesia, sus ayunos, sus alabanzas, sus confesiones, sus oraciones y sus votos asceticos, muestran bastante mente que todos los caballeros tenian un mismo origen religioso. No obsta tampoco el voto del celibato, que parecia parecer una grande diferencia entre los heremitas y los guerreros que no habian sino de sujecion porque este voto no era general en las órdenes militares cristianas. Los caballeros de Santo Sepulcro en España, podian casarse, y en la orden de Malta no habia obligacion a renunciar el vinculo conyugal sino cuando se obtenian las dignidades y se gozaba de los beneficios de la orden.

Segun el testimonio del abate Giustiniani, del hermano Helyot, mas cierto aunque mas agradable, se cuentan hasta treinta órdenes religiosos militares; nueve bajo la regla de San Basilio, estorpe bajo la de San Agustin y diez segun el instituto de San Benito. No habiamas mas que de los principales; a saber, de los Hospitalarios ó caballeros de Malta en el Oriente, los Teutónicos en Occidente, y en el Norte y Mediodia de Europa los caballeros de Calatrava comprendiendo en estos los de Alcantara y Santiago.

Si los autores son exactos, pueden aun contarse mas de otras veintiocho órdenes militares, que por no estar sujetas a reglas particulares, solo han considerado como unas ilustres cofradías religiosas, tales son los caballeros del Leon, de la Media Luna, del Dragon, del Aguila Blanca, del Lis, de la Espada de Oro y los de la Hacha, cuyos nombres recuerdan a los Rolandos, los Rogeros, Rainaldos, Clorindas, Bradamantes y la profugia de la Mesa redonda.

Algunos comerciantes de Amalfi en el reino de Napoles, obtuvieron de Romenson, califa de Egipto, el permiso de construir una iglesia hacia en Jerusalem, a la cual anadieron un hospital para los extrangeros y peregrinos, que gobernaba Gerardo de Provenza. Principian aqui las cruzadas. Va allí Godofredo de Bouillon y la segunda tierra a los nuevos Hospitalarios. Boyn-Rogero sucede a Gerardo, Raimundo Dupuy a Rogero. Tama Dupuy el titulo de gran maestro, divide los Hospitalarios en caballeros, hermanos y hermanos sirvientes; los primeros con destino a la seguridad de los caminos en favor de los peregrinos y para pelear contra los infieles; los segundos consagrados al servicio del altar; los terceros para tomar tambien las armas.

La Italia, España, Francia, Inglaterra, Alemania y Grecia, que unas veces juntas y otras separadas llegan a aborzar a las costas de Sicilia sostenidas por los valientes Hospitales. Mas traseca la fortuna sin mudarse el valor. Seladino vuelve a tomar a Jerusalem, y de restable-

1 Sainte-Palaye, loc. cit. y la nota II.

2 Fleury, Hist. Eccl., tom. XV, lib. LXXII, p. 418, edic. de 1719, en 4.º

Aere ó Tolemaida viene a ser el único puerto que queda a los cruzados en Palestina. Allí estaban recibidos el rey de Jerusalem y el de Chipre, el de Napoles y Sicilia, el de Armenia, el principe de Antioquia, el conde de Jafa, el patriarca de Jerusalem, los caballeros del Santo Sepulcro, el legado del papa, el conde Tripoli, el principe de Galilea, los Templarios, los Hospitalarios, los caballeros Teutónicos, los de San Lázaro, los venecianos, los genoveses, los pisanos, los florentinos, el principe de Tarento y el duque de Atenas. Todos estos principes, todos estos pueblos, todos estos órdenes, tenian cada uno su cartel separado, en donde vivian independientes unos de otros: "De manera, dice el abate Fleury, que allí habia cincuenta y ocho tribunales que juzgaban en causas de muerte."

No podian subsistir mucho tiempo unidos tantos hombres de costumbres é intereses diversos. En efecto, introdujese la alteracion en la ciudad y llegaron a las manos, aumentando mas la confusion Carlos de Anjou y Hugo III, rey de Chipre, que pretendian el reino de Jerusalem. Aproximase el soldan Melce-Messor de la coyuntura de estas alteraciones intestinas; se avanza con un poderoso ejército, con el designio de arrancar de las manos de los cruzados el último asilo que se les quedaba; pero muere envenenado por uno de sus criados al salir de Egipto, y antes de espirar, hace jurar al hijo que no dará sepultura a las cenizas de su padre hasta vencer a Tolemaida.

Melce-Seraph ejecuta religiosamente la última voluntad de su padre: pone sitio a Aere, y la toma por asalto en 18 de mayo de 1201. Unas religiosas dieron en esta ocasion un asombroso ejemplo de caridad cristiana, dilacerándose el pecho y desgranándosele; halláronlas en este estado los infelices, y horrorizándose de verlas, las dieron muerte.

Ganada la ciudad a los Hospitalarios, se retiraron a la isla de Chipre, donde permanecieron diez y ocho años. Sublevada Rodas contra Andrés, emperador de Oriente, llama a los saracenos a sus muros. Villaret, gran maestro de los hospitalarios, obtiene de Andrés la investidura de la isla en caso que pueda sustraerla del yago mahometano; y valiéndose sus caballeros del ardil de cubrirse con pieles de ovejas y mezclarse entre un rebaño, andando en cuatro piés se introducen en la ciudad durante una espesa niebla, se apoderan de una de sus puertas, degollan la guardia y entra el resto del ejército cristiano dentro de los muros.

Cuatro veces intentaron los turcos recobrar la isla de Rodas de los caballeros y otras tantas fueron rechazados valerosamente. En la tercer tentativa duró el sitio de la ciudad cinco años, y en la cuarta batió Mahomet los muros con diez y seis cañones de un calibre tan extraordinario, que jamás se habia visto en Europa.

No bien habian escapado aquellos mismos ca-

balleros del poder otomano, cuando se hicieron sus protectores. Un principe, Zimmo, hijo de Mahomet II, que poco antes batia las murallas de Rodas, implora el socorro de los caballeros contra Bayaceto su hermano, que le habia usurpado su legitima. Bayaceto, teniendo una guerra civil, se dio prisa a hacer la paz con el Orden y se convino en pagarle todos los años una cierta suma en calidad de pension para Zimmo; viniendo a ser, por uno de aquellos sucesos tan comunes de la fortuna, un emperador de los turcos tributario de un corte número de hospitalarios cristianos.

Ultimamente, siendo gran maestro Villiers de Ville-Adam, se apoderó Soliman de Rodas, después de haber perdido cien mil hombres. Retiráronse los caballeros a Malta, que les cedió Carlos V, y aun fueron atacados allí de nuevo por los turcos; mas vencidoslos con valor, quedaron en pacífica posesion de la isla, bajo cuyo nombre son conocidos en el día.

## CAPITULO II.

### ORDEN TEUTÓNICO.

En la otra extremidad de la Europa echaba la caballeria religiosa los fundamentos de aquellos Estados, que han llegado a ser poderosos reinos.

El orden teutónico tuvo su origen en el primer asedio de Aere por los cristianos, hacia el año de 1190. Llamélos después el duque de Masovia y de Polonia a la defensa de sus Estados contra las invasiones de los prusianos. Compañian estos un pueblo bárbaro, que salia de tiempo en tiempo de sus selvas y asolaba las comarcas vecinas. Habian reducido la provincia de Culm a un espantoso desierto, sin dejar en pie en el Vistula mas que el castillo solo de Plotho. Internáronse los caballeros tentados poco a poco en los bosques de la Prusia, y construyeron algunas fortalezas. Subyugaron sucesivamente a los wármios, los barties y los nativos, y aseguraron la navegacion de los mares del Norte.

Los caballeros de *Perte-gloive*, que por su parte habian trabajado en la conquista de los países setentrionales, se reunieron a los teutónicos y les dieron un poder verdaderamente real, pero los progresos del Orden se retardaron por desgracia, a causa de la division que reinó mucho tiempo entre los caballeros y los obispos de Livonia. Finalmente, sometido ya todo el Norte de la Europa, Alberto, marqués de Brandeburgo, abrenzó el internamiento, arrojó a los caballeros de sus gobiernos y se hizo título dueño de la Prusia, como tomó entonces el nombre de Prusia dual, hasta

1 Vertot, Hist. de los caball. de Malta; Fleury, Hist. Eccl.; Giustiniani, Ist. cron. dell' ord. degli ord. militi; Helyot, Hist. de las órdenes rel., tom. III.